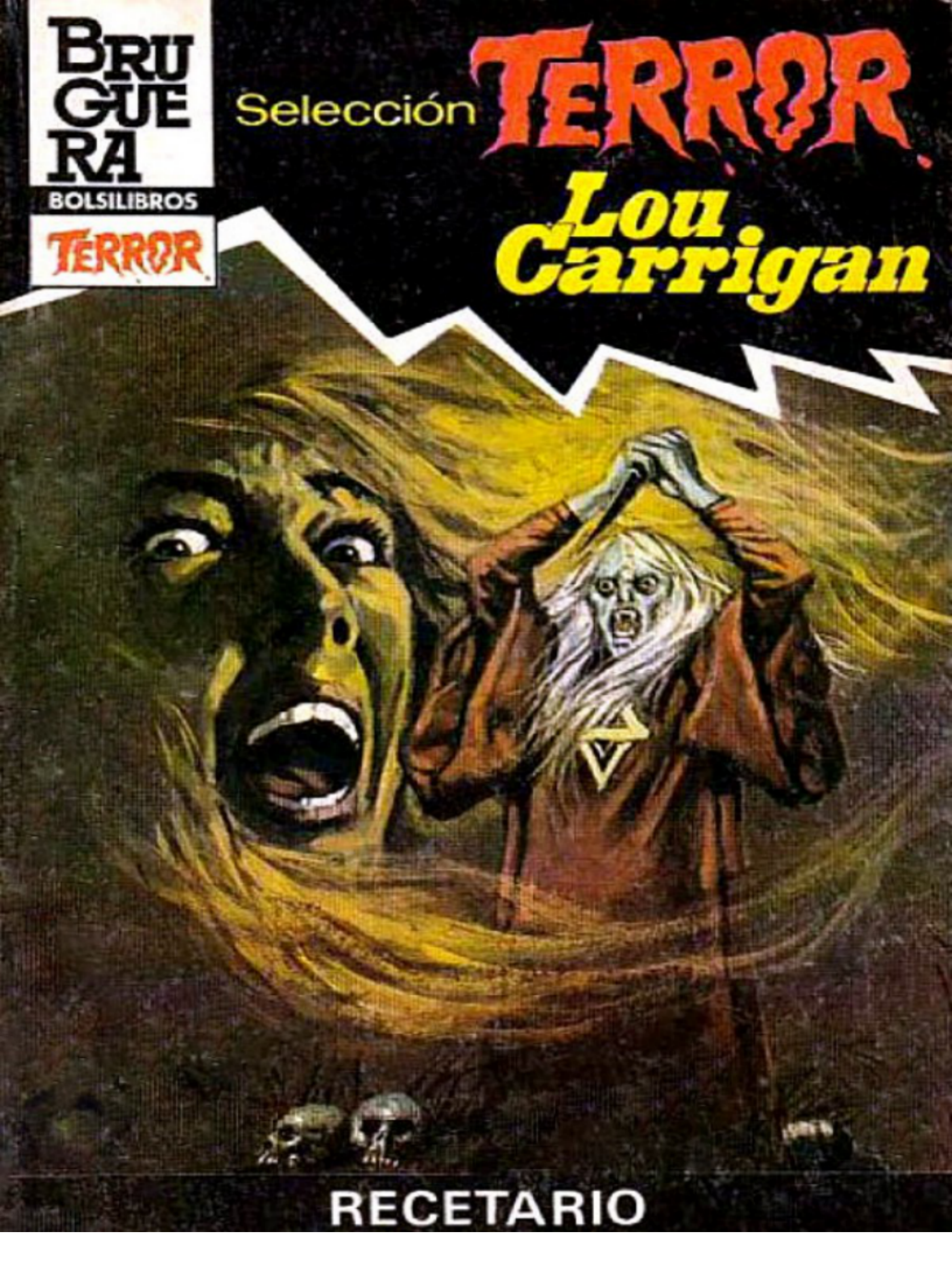

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Lou Carrigan
RECETARIO



SELECCION
TERROR

LOU CARRIGAN

RECETARIO

Colección SELECCION TERROR n.° 596
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 35.771 1984
Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: diciembre. 1984
1.ª edición en América: junio, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N I 52, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El 1.812 de Broadview Road, en Seven Hills, correspondía a una mansión. Una mansión de verdad, rodeada de altas verjas que protegían un magnífico jardín frondoso, como si los abetos tuvieran especial empeño en formar allá un bosque increíble.

Por entre árboles y arbustos de flores se podía distinguir apenas la blancura de la casa, hacia el fondo, y el colorido pálido de algún toldo. Cabía suponer que la mansión tenía terrazas enormes, piscina, tenis, garaje aparte..., y, en fin, todo cuanto se pudiera desear.

Atardecía, y el sol ponía como un destello melancólico de color yema de huevo entre los árboles. Era una tarde que los románticos habrían denominado como bucólica.

Sólo que el visitante de la mansión, Amos Wind, no tenía nada de romántico. Más de diez años en la dura profesión de detective privado habían sido suficientes para matar cualquier brote de romanticismo en los últimos tiempos. Se las sabía todas y estaba harto de todo, porque la gente, fatalmente, y esto se lo estaban demostrando a Amos cada día, era mala, torpe y embustera. Y algunos hasta eran sucios.

Al menos esto no cabía temerlo de la propietaria de la mansión. No tendría sentido que una persona que vivía allí, con tantos cuartos de baño, con piscina, y sin duda con un montón de dólares para gastar no ya en vulgar jabón, sino en el más perfumado gel, fuese sucia.

O tal vez lo fuese. Tal vez, porque la gente puede ser sucia por dentro, no sólo por fuera.

Eso sí: la voz de la dama en cuestión era preciosa. Tenía voz de dobladora de películas de amor. Vamos, un caso. Una voz tierna, suave, como hecha de cristal y sol. Menuda majadería, de cristal y sol. Bueno, ¿y por qué darle tantas vueltas al asunto? Una mujer rica lo había contratado por teléfono, lo había citado allí, y eso era todo. El hecho de que tuviese una voz de película de amor no significaba nada. Seguramente sería fea, tendría verrugas, y lo primero que le diría sería que puesto que le pagaba quería el mejor servicio, que estuviese a su disposición día y noche, etcétera, cétera, tera, ra.

De acuerdo.

Las verjas se abrieron ante el morro de su coche, accionadas desde la casa, donde debían haberlo visto gracias al sistema de

vigilancia por televisión. Todo muy bien montado. A Amos Wind ya no le importaba ni mucho menos, le impresionaban estas sofisticaciones que habían dejado de serlo. Era normal: se montaba un tinglado televisivo y se controlaba todo desde un cuartito, mientras se leía a Hemingway, a Superman, o se tomaba una Coca-Cola. De acuerdo.

Enfiló el sendero hacia la casa, observando por el retrovisor cómo las verjas se cerraban tras él. Olía bien, aquel bosque. Y no se oía nada. Nada. A decir verdad era un lugar delicioso. Daban ganas de parar el coche, sentarse al pie de un árbol, y dedicarse a meditar sobre la vida y el gozo de vivir, que no es poco. Pero seguro que si detenía el coche y se apeaba le iban a soltar una docena de perros, por lo menos. Porque, ¿sabe usted, señor Wind?, le dirían, el jardín no es suyo, no es para que lo disfrute usted, es sólo para que pase usted hasta la casa y reciba órdenes y su salario. ¿Sabe usted, señor

Wind?

Recorrió el sendero, y vio la casa con sus toldos de amarillo pálido, sus flores, su hermoso pórtico. Era todo de una languidez de lirio anciano. Y se le ocurrió de pronto que allí no tenían perros. No señor, no había en aquella casa, en aquel lugar, nada que sugiriese tumulto o violencia. Era todo deliciosamente, melancólicamente romántico y bucólico.

O sea, que si uno tuviese el dinero necesario para vivir en aquel lugar podía hacerle un corte de mangas al mundo y dedicarse a vivir la vida con la mayor intimidad y placidez imaginable. Que no es poco, porque en estos tiempos, el vecino se gasta cincuenta cochinos dólares en un aparatito-espía y se entera de todo cuanto usted dice en su apartamento, incluidos los suspiros de amor, por ejemplo..., que hasta se los puede grabar para luego pitorrearse de uno con los amigos:

«Hey, ¿queréis oír a Fulano cuando hace el amor?

¡Escuchad, escuchad...! Asco de vida.

«Lo que pasa —se dijo Amos Wind— deteniendo el coche ante el magnífico pórtico— es que esta profesión me ha metido en unos niveles de vida donde sólo hay gente cochina, embustera y falsa. Cualquier día la dejo y me dedico a otra cosa.»

Se apeó del coche, cerró la portezuela sin dar golpe, y subió la breve escalinata. La puerta de la casa se había abierto, y había aparecido el mayordomo. Toma, claro: una casa como aquélla no podía concebirse sin mayordomo, estaría bueno.

—Buenas tardes, señor —fue recibido cortésmente Amos Wind.

—Buenas tardes. Soy Amos Wind.

—Lo sé, señor. La señora lo está esperando. Si es tan amable...

El mayordomo cerró la puerta cuando hubo entrado Amos, y éste tuvo la amabilidad de seguirlo. A ver: ¿qué cuesta ser amable y educado? Pues nada, si uno se para a pensarlo. Absolutamente nada. Entonces, ¿por qué hay tanta gente grosera y vulgar? Porque vamos, Amos estaba hasta aquí de gente grosera y vulgar. Y todavía lo eran más en cuanto se enteraban de que era detective privado...

«¡Hombre, un fisgón, ¿eh?! ¿Y qué? ¿Cómo se pasa yendo tras los culos de las adúlteras? Porque eso es lo que hace un detective privado, ¿no es verdad? Lo de las grandes aventuras es sólo en la tele, ¿eh, verdad?»

—El señor Wind, señora —anunció el mayordomo tras abrir una puerta.

—Gracias, James —oyó Amos aquella voz—. No se

retire.

Amos entró en el pequeño saloncito de ambiente íntimo, privadísimo. Y en seguida comprendió que todas sus cábalas no habían servido de nada... La mujer que le recibía no era fea, ni tenía verrugas. Era joven, bellísima, de grandes ojos azules y hermosa cabellera negra, y había en toda su expresión como una... candidez inaudita, como una dulzura de cuentos de hadas, como una tristeza hecha de sonrisas de miel.

Aparte todo esto, la dama estaba en un sillón de ruedas, lo que, sin la menor duda, era la mayor injusticia que Amos Wind había conocido en la vida.

—Buenas tardes, señora Copperland —murmuró.

—Gracias por venir, señor Wind —ella le tendió la mano—. Habría ido yo a su oficina, pero ya ve que no me resulta cómodo desplazarme. ¿Cómo está usted?

—Bien. No me ha molestado en absoluto venir, señora.

—Se lo agradezco de veras. ¿Desea tomar algo? Le ruego que no se prive ni siquiera de fumar, por mí.

—Bueno, a decir verdad tomaría un whisky con hielo.

—James se lo servirá. No quiero privarle de mucho tiempo, señor Wind, de modo que si le parece iremos directos al asunto.

—Me parece bien —asintió Amos, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué la decidió a contratarme a mí, señora Copperland?

—¿Eso tiene importancia?

—Me gustaría saber el proceso por el que me eligió, francamente.

—Contraté a un detective privado que localicé en la guía telefónica y le dije que en dos horas tenía que localizarme al mejor detective privado de Cleveland. Se quedó de una pieza —la bellísima inválida se echó a reír, y pareció que el saloncito se llenase de música—... Y acto seguido, sin la menor vacilación, me dijo que lo llamase a usted y me dio su número de teléfono.

—Es toda una jugada —casi sonrió el habitualmente hermético Amos—. Pero da gusto comprobar que todavía quedan colegas honestos. ¿Cuál es el asunto?

—Mi marido ha desaparecido, y desearía que usted lo encontrase.

Amos Wind parpadeó lentamente. El mayordomo, que había salido, entró ahora empujando un carrito-bar. Sirvió whisky con hielo a Amos, y se retiró en silencio, dejando el carrito junto al visitante. Amos bebió un sorbo de whisky, y pensó que la visita quedaba compensada tan sólo por aquel trago, y, especialmente, por la visión de la señora Copperland. Era... Bueno, ella era simple y deliciosamente encantadora.

—¿Cuánto hace que desapareció? —casi gruñó Amos.

—Tres días. Nunca lo había hecho antes... Quiero decir que temo que le haya ocurrido algo grave.

—Supongo que no habían tenido ustedes una pelea.

—Oh, no... Claro que no.

Claro que no, pensó Amos. ¿Cómo podía alguien pelearse con aquella encantadora criatura? Era demencial.

—¿Se le ocurre a usted algún otro motivo o circunstancia que pudieran haber impulsado a su marido simplemente a marcharse solo por unos cuantos días? La gente, a veces, gusta de estar sola.

—Winston me lo habría dicho. Es muy fácil entenderse hablando, señor Wind.

—Celebro que usted sea de esas personas, pero hay muchas que no se entienden ni con ellos mismos. Una vez conocí a un tipo que estaba convencido de que él había nacido para trabajar y sufrir, ¡imagínese!

Ahora fue ella quien parpadeó, y acto seguido sonrió. Fue una sonrisa súbita, como hecha de luz y de aquella música de saloncito privado íntimo.

—Le aseguro, señor Wind —reía la inválida—, que Winston y yo somos perfectamente capaces de entendernos.

—Lo celebro. ¿Ha llamado usted a algún hospital, o ha avisado a la Policía?

—No. A la única persona que he llamado ha sido a Craig Fosters... Es un amigo o colaborador de Winston, no lo sé bien. De cuando en cuando le llama para decirle que tiene algo bueno, y entonces Winston acude a la cita en donde sea. Pero siempre me

llama al llegar, y por lo menos dos veces al día... En esta ocasión no he tenido noticias de él desde que se fue.

—¿Qué quiere decir el señor Fosters cuando habla de «algo bueno»?

—Oh, se refiere a noticias muy interesantes. Mi marido es periodista... Quizá haya leído algo de él en *The Observer.*

—No; lo siento.

—Tampoco escribe demasiado a menudo. Para hacerlo tendría que viajar mucho y... yo no estoy en condiciones de hacer muchos viajes, señor Wind. También podría irse solo, claro está, pero él prefiere dedicarse más a mí que a las noticias. Dice que noticias y periodistas para cubrirlas abundan, pero que sólo tiene una esposa.

—Estoy por completo de acuerdo con su marido —asintió Amos—... ¿La mansión es de él o de usted? Ya me entiende.

—Sí —se sonrojó sorpresivamente la inválida—, le entiendo. Bueno, es mía... Mi nombre de soltera es Rosemore. Bárbara Rosemore. Si es usted de Cleveland quizá haya oído... algo sobre los Rosemore.

—No soy de aquí, sino del Sur, pero he oído hablar de los Rosemore. Pero como dijo que era la señora Copperland... Sí, entiendo, entiendo, dio el nombre de su marido, lo que me parece lógico. Mire, señora Copperland, cuando yo pregunto no pretendo molestar a nadie, ¿me comprende?

—Sí.

—Y me pregunto si el señor Copperland puede permitirse no trabajar porque él tiene mucho dinero o porque... no necesita ganarlo. Lo que quiero decir...

—Lo que usted quiere saber es si soy yo quien mantiene nuestro... ritmo de vida, señor Wind.

—Sí.

—Soy yo, en efecto. Tengo tanto dinero que nunca sabría qué hacer con él. Winston me ayuda a manejarlo..., pero no es lo suyo, de modo que yo comprendo que de cuando en cuando haga una escapada periodística. No sé por qué tengo la impresión de que usted está... buscando tres pies al gato. Le aseguro que mi marido no se ha fugado con mi fortuna... ni con una rubia.

—Entonces tal vez debamos empezar a temer algo peor, señora. Creo que deberíamos empezar a preguntar a la Policía. Tal vez el nombre de su marido o el de ese amigo suyo llamado Fosters conste en algún parte de accidente. Porque entiendo que el señor Fosters también ha desaparecido, ¿no es así?

—No lo sé, pero lo seguro es que no contesta el teléfono.

—Bueno, si me da usted su dirección iré a...

—No tengo la dirección del señor Fosters. Ni siquiera lo conozco.

Sólo sé de él por sus conversaciones con Winston por teléfono. Y si sé el número es porque alguna vez lo he leído en alguna nota que tomaba Winston, o se lo he visto marcar...

—Tal vez usted no recuerde bien ese número.

—Oh, sí... Ya lo creo que sí, señor Wind.

—Bien... De acuerdo. Tal vez si la Policía no consigue nada deberíamos empezar por ir a visitar al señor Fosters.

—Ya le he dicho que no sé dónde vive..., y si no contesta al teléfono...

—No se preocupe por eso. Usted apúnteme ese número, que yo localizaré al señor Fosters. Aunque tal vez no sea necesario, pues si la Pol...

—Yo preferiría que la Policía no interviniera en modo alguno, señor Wind. Sea lo que sea lo que haya ocurrido prefiero que la Policía no sepa nada. Tengo entendido que toda esta clase de cosas, de... noticias, quedan a disposición de la prensa.

—Así es. Pero precisamente una amplia información respecto a la desaparición de alguien puede ayudar mucho a encontrarlo.

—Yo prefiero que la Policía no intervenga —insistió ella, suavemente, pero con insólita firmeza—: por eso lo he contratado a usted.

—Ya. Bueno, yo me gano la vida con estas cosas y otras más o menos parecidas, de modo que no tengo inconveniente..., en principio. Pero quisiera saber por qué no desea que la Policía intervenga.

—Ni la Policía ni la prensa, se entiende. Es que... no deseo que esto pueda dar lugar a habladurías respecto a Winston y yo. Tenemos muchos amigos, personas ligadas a nosotros por múltiples negocios, relaciones de muchas clases... Señor Wind, no me gustaría que se corriera la voz de que Winston me ha dejado o algo parecido. No por mí, sino por él.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando me casé con Winston yo no estaba inválida, y por tanto nuestra vida era normal... Normal en todo. ¿Comprende? Ahora, la... las cosas no son iguales, y yo sé que mucha gente debe pensar que Winston tiene... algún lío por ahí, para... resarcirse de su vida conmigo. No deseo que lleguen a pensar que se ha ido con alguien, no deseo que se hable de nosotros. Por favor.

Amos Wind se sirvió más whisky y más hielo, y encendió otro cigarrillo. Se estaba bien allí. Afuera, la tarde ofrecía un tono dorado anaranjado como nunca lo había visto el detective en su vida. Los ojos de Bárbara Rosemore eran de un azul maravilloso.

—¿Entiendo que usted y su marido no hacen vida sexual desde que quedó usted inválida? —preguntó bruscamente Amos.

—Oh, sí... Bueno, no... como antes, con la... la frecuencia que... Bueno, lo cierto es que... no es lo mismo, compréndalo... Y francamente, señor Wind, su pregunta...

—Usted sabe por qué la he formulado, y por eso la ha contestado: debemos admitir la posibilidad de que, finalmente, su marido haya decidido... Bueno, digamos expansionarse un poco.

—No tiene por qué permanecer en silencio tres días para hacer eso —replicó serenamente Bárbara Rosemore.

—Eso también es cierto —admitió Amos—, Volvamos al señor

Fosters: ¿quiere anotarme su teléfono, por favor?

—Ya lo tengo anotado —le tendió Bárbara un papel doblado que tomó de la mesita cercana a ella.

Amos tomó el papel, miró el número, y se acercó a la mesita, sobre la cual estaba el teléfono. Marcó el número. Oyó el timbre de llamada durante más de un minuto antes de pulsar la horquilla y volver a llamar. Se produjo la misma señal de llamada, igualmente sin respuesta. Lo único que se oía en el saloncito, y muy amortiguado, era precisamente el timbre del teléfono del tal Fosters llamando, pese a que Amos tenía el auricular pegado a

la oreja. Colgó, ocupó de nuevo el confortable sillón, y dijo:

—Cabe la posibilidad de que esta vez la noticia fuese no sólo interesante, sino comprometida, y su marido y el señor Fosters se hayan metido en algún buen lío.

—No, qué va —rechazó ella—. Ni siquiera comprendo cómo pudo interesarle a Winston una noticia de esa clase.

—¿De qué clase?

—De recetas.

—¿De qué? —se pasmó Amos.

—De recetas.

—¿De recetas de cocina?

—Supongo que si. Sé que Fosters le habló a Winston de un recetario, así que... Vaya, no se me ocurre qué otra clase de recetas puedan ser.

—¿Hablaron de un recetario? ¿Usted oyó al señor Fosters mencionar un recetario?

—Lo mencionó mi marido en la conversación que sostuvieron. Los dos estábamos aquí, precisamente. Bueno, hablaron de un recetario, de modo que me pareció que la cosa estaba clara.

—¿Alguna vez ha sentido su marido interés por la cocina?

—Jamás. ¡En absoluto! Ni soñarlo, vamos.

—Pues se pierde un hobby de los buenos... ¿Tiene alguna fotografía de él?

Bárbara le tendió un sobre que también tenía preparado. Del sobre, Amos sacó media docena de fotografías, mostrando a Winston Copperland en diferentes posturas y atuendos y un primer plano del rostro. Era un hombre muy atractivo, rubio, de inteligente expresión, ojos verdes y burlones. Debía tener treinta y cinco años, es decir, siete u ocho más que su ahora inválida esposa.

Un recetario. ¿De cocina? ¿De medicamentos?

¿De qué otra cosa...? Amos Wind se puso en pie.

—La llamaré en cuanto sepa algo —murmuró—. Por supuesto, si mientras tanto apareciese su marido llame a mi oficina para comunicarlo.

—Así lo haré. Gracias por atenderme, señor Wind. Respecto a sus honorarios, si necesita...

—Pasaremos cuentas al final, no se preocupe.

—Como guste. Puede llamarme o visitarme a cualquier hora, señor Wind —una sonrisa tembló un instante en los sonrosados labios de Bárbara Rosemore—... No duermo mu- cho, y James todavía menos que yo.

Amos asintió, y se disponía a dar la vuelta para dirigirse hacia la puerta cuando ella le tendió de nuevo la mano. Igual que antes, al estrecharla tuvo la sensación de algo tierno, cálido y hermoso. Era

una mano realmente fuera de lo corriente por su belleza y suavidad. Amos Wind la estuvo reteniendo, mientras miraba fija y profundamente los ojos de la inválida.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó en un susurro.

—Una cosa absurda: resbalé en lo alto de la escalinata, y caí rodando por ella hasta el vestíbulo. Algunas vértebras quedaron dañadas de modo irreversible. Los médicos todavía insisten en que se podía hacer algo, pero la verdad es que yo he perdido toda esperanza.

—Mal hecho —aseguró Amos.

Soltó la mano de ella, dio la vuelta, y salió del saloncito. Afuera, alejado de la puerta, al otro lado del amplísimo vestíbulo, esperaba el mayordomo James. Amos dirigió una hostil escalinata blanca que ascendía hacia los dos pisos superiores. Se imaginó a Bárbara Rosemore cayendo por ella, y su ceño adquirió un frunce todavía más hostil.

Cuando llegó a la puerta James ya la tenía abierta.

—Buenas tardes, señor Wind.

—Adiós —murmuró el detective—. Ah..., una cosa, James: ¿diría usted que el señor Copperland es un granuja?

La pregunta se las traía, y más de sopetón, pero el mayordomo no se inmutó en absoluto. Sostuvo la mirada de Amos, miró luego hacia la puerta del saloncito, y un gesto duro pasó fugaz por sus delgados labios. Volvió a mirar al detective, y dijo:

—Sí señor, diría eso, aunque no me gustaría que la señorita supiera que lo he dicho.

—Un whisky excelente —elogió Amos Wind—. Hasta la vista, James.

Cuando se alejaba hacia las verjas conduciendo lentamente su coche Amos Wind experimentó, de pronto, la absurda sensación de que la vida le había estafado brutalmente.

Pero no consiguió saber por qué se le había ocurrido esto.

CAPITULO II

Por supuesto que fue facilísimo para Amos Wind, el gran detective privado, conseguir la información respecto al domicilio que correspondía al teléfono de Craig Fosters. Dicho domicilio estaba al otro lado del canal, frente a los muelles, en el 447 de Hurón Road.

El edificio correspondiente a esta dirección era viejo, pero bastante cuidado, de fachada tal vez un tanto sombría. Desde la acera de enfrente Amos Wind lo estuvo estudiando sin prisas, pensando que, simplemente, aquél era un edificio en el que a él no le gustaría vivir.

Por fin, cruzó la calzada, accedió a la acera, y pasó directamente al portal del número
447. En éste, en el casillero de buzones para correspondencia, localizó en efecto el nombre de Craig M. Fosters. Apartamento 207. La cosa no parecía nada complicada.

Tranquilo, siempre imperturbable. Amos Wind subió hasta el segundo piso, en el que había nada menos que ocho puertas, como correspondía a los edificios antiguos, grandes y destartalados. Recorrió el amplio pasillo y se detuvo ante la puerta señalada con el 207. Llamó al timbre de ésta tres veces antes de convencerse de que no había nadie en el apartamento.

Y si no había nadie lo único que aparentemente se podía hacer era marcharse, ¿no? Y esperar a que Craig Fosters regresara a su apartamento un día u otro, un momento u otro.

Bien, pues esto era algo que, simplemente, Amos Wind era incapaz de hacer.

De modo que de su llavero seleccionó una extraña y delgada llave de acero en forma de alfanje en miniatura, la introdujo en la cerradura de la puerta de Fosters, y, con toda facilidad, la abrió. Empujó la puerta, entró, y cerró tras él.

Todo estaba a oscuras y en silencio.

Era un apartamento cerrado a cal y canto, como suelen quedar cuando los ocupantes deciden emprender un largo viaje. No se veía luz ni siquiera en un resquicio de ventana o puerta. Tal vez olía un poco a húmedo.

Tanteando, Amos Wind encontró en la pared un interruptor, y lo accionó. La luz que se encendió en el techo, una simple bombilla dentro de un no menos simple y arcaico globo, iluminó un recibidor de buenas proporciones, con un horrible espejo enmarcado en caoba que parecía podrida, y en el cual se vio Amos como deformado, como si en lugar de verse en un espejo se estuviera viendo en la superficie de un lago que alguien moviera suavemente.

Se hizo un gesto como de condolencia a sí mismo, y enfiló el

pasillo que conducía al interior del apartamento. El suelo era de mosaico, y relucía muy gastado. Llegó ante una puerta de doble hoja que estaba cerrada, y que con un mínimo de lógica en la distribución de la vivienda debía corresponder al salón.

Probó el pomo, que cedió fácilmente. Empujó ambas hojas de madera oscura y pesada, localizó junto a la de la izquierda el interruptor, y también aquí encendió la luz.

El respingo que soltó fue tremendo.

No era fácil asustar ni mucho menos sobresaltar al detective privado Amos Wind, pero lo que vio fue suficiente para que no pudiera contener el respingo de sobresalto.

Todo estaba lleno de cadáveres enteros y descuartizados, especialmente pendientes

del techo de madera, en el cual se habían clavado clavos que sujetaban los cordeles, los cuales a su vez sostenían los cadáveres.

Cadáveres de animales, por cierto.

Había colgando pollos, gatos, perros, ratas, y, en bandejas o sobre trozos de papel de aluminio, tanto en el suelo como sobre los sillones, trozos de otros animales.

Era un espectáculo entre repugnante y espeluznante, pero, sobrepuesto rápidamente de la primera impresión, Amos se acercó a un perro que colgaba sujeto por una pata trasera y abierto en canal, y se lo quedó mirando inexpresivamente, aunque sintiendo en su interior entre asco y furia. Cerca del cadáver del perro pendía el de una gallina, más allá el de un gato... Había en total quizá una docena de cadáveres, aparte de los trozos que se veían en todas partes.

Presa de súbito presentimientos, Amos Wind salió del salón y buscó la cocina, que encontró inmediatamente al fondo del pasillo. Encendió la luz, y casi suspiró al no ver más animales colgando del techo, que por cierto allí no era de madera.

Lo que sí había era un par de ollas sobre la cocina. Se acercó, y al tiempo que destapaba una de ellas vio la gruesa libreta junto a la olla, en un lado del fogón. Dentro de la olla había un trozo de carne y nada más. Ni agua, ni condimentos, ni nada. Aunque sí un olor a podrido que se expandió por la cocina al destapar la olla Amos Wind. Este tapó de nuevo la olla, y se inclinó para examinar la libreta, en la cual, con letra confusa escrita a mano, ponía algo que no pudo descifrar, de momento.

Miró la tapa de la libreta, y la palabra que había escrita allí en mayúsculas sí que pudo leerla con toda facilidad:

RECETARIO

Recetario.

Bueno, no podían caber muchas dudas al respecto: el recetario que al parecer Craig Fosters había mencionado a Winston Copperland se refería a la cocina, a recetas de coci- na. Podía haber sido medicamentos o cualquier otra cosa, pero no: habían estado hablando de un recetario de cocina.

Un recetario que contenía recetas cuyos ingredientes básicos, a juzgar por las evidencias, eran carnes animales.

Amos destapó otra olla y se inclinó a mirar. Casi soltó la tapadera al saltar hacia atrás emitiendo un fuerte respingo: dentro de la olla flotaba una cabeza de gato, cuyos ojos ahora hervidos habían quedado casualmente visibles y expuestos hacia la boca del recipiente. Una imprecación, en verdad poco usual en él, brotó de

labios de Amos Wind, que se apresuró a tapar de nuevo la olla.

Su mirada fue, tal vez por instinto deductivo, hacia el frigorífico que tenía muy cerca.

Bueno, no sería él quien se asustara a partir de ahora, así que se acercó al frigorífico, lo abrió, echó un vistazo al interior..., y lo cerró de nuevo inmediatamente. En sus pupilas quedó como plasmada en un fogonazo de *flash* la imagen de la rata muerta, despellejada, abierta y colocada sobre un feo plato de aluminio, junto al cual había un par de botellas de Coca Cola.

Amos apretó los labios, y miró entorno. Nada especial que destacar. Era una cocina relativamente bien cuidada, de casa grande y vieja, y no había detalles especialmente

característicos o interesantes. Había armarios, fogones, una mesa adosada a la pared, tres sillas, una máquina lavadora de ropa, otra de platos...

Amos Wind recogió el recetario que había junto a la olla, y buscó páginas escritas. La letra era aguda, apretada y retorcida..., como sádica. Sí, era una letra que sugería ferocidad, violencia, incluso maldad. La mirada de Amos se posó sobre una de las recetas tan apretada y cruelmente escritas:

> *Para cuatro personas.*
>
> *ingredientes: un gato o un perro, aunque preferentemente para este plato debe elegirse un perro, que no sea de gran tamaño y a ser posible de los caseros, para que no tenga excesivamente desarrollada la musculatura. Ajos en abundancia. Cebollas en abundancia. Sal. Especias al gusto, aunque se sugieren preferentemente la pimienta negra molida o la nuez moscada. Tiempo de preparación: diez minutos, si previamente ha sido troceado el perro. Tiempo de cocción: dependiendo en buena parte de la calidad de la vianda, nunca será inferior a los setenta y cinco minutos. El gusto base puede ser al ron, al whisky o a la menta, para lo cual se irán añadiendo chorritos de estos licores durante el tiempo que dure la cocción.*
>
> *Una vez terminada la cocción, dejaremos la vianda en reposo y prepararemos la crema de acompañamiento, que consistirá...*

La mirada de Amos Wind se apartó de las líneas escritas, pues cada línea le parecía más desagradable que la anterior. Cerró la libreta de grueso formato, y consiguió metérsela en un bolsillo de la chaqueta. Apagó la luz y abandonó la cocina.

Un instante más tarde, entraba en uno de los cuatro dormitorios del amplio apartamento, en el que no vio nada que pudiera merecer su atención. Sí la mereció, pocos segundos más tarde, el dormitorio que evidentemente era el único ocupado, a juzgar por los detalles: un periódico sobre un silloncito, el reloj despertador sobre la mesita de noche, las zapatillas junto a la cama, una corbata colgando del respaldo de la cama...

Amos se acercó al armario, lo abrió, y contempló el contenido, no muy abundante, pero suficiente y convincente. Estaba claro que Fosters ocupaba aquel dormitorio. Y no parecía que viviera nadie más con él en un apartamento tan grande y tan... sórdido.

Removió las ropas, abrió cajoncitos y cajones más grandes... En su mente estaba grabada la imagen de la cabeza de gato con los ojos cocidos. ¿Qué clase de bicho era Craig Fosters? ¿Y qué clase

de bicho era Winston Copperland, el marido de Bárbara, para tener relación con el tal Fosters? Amos recordó las fotografías de Copperland que Bárbara había mostrado, y frunció el ceño, porque el aspecto de Copperland, su imagen, fuese o no fuese un canallita vividor, no sugería en modo alguno maldad ni bajos instintos en ninguna modalidad.

Encontró algunas tarjetas de visita a nombre de Fosters, dos o tres postales que le habían enviado personas que firmaban sólo con el nombre, y las facturas de tres estancias en un lugar llamado Sunset Balneary... La memoria de Amos funcionó con lógica facilidad esta vez: acababa de leer con anterioridad del nombre de Sunset Balneary, En efecto, lo había leído en una de las postales, la que le había enviado a Fosters, un tal Henry.

La postal mostraba un balneario en un lugar rodeado de bosque y de terreno verdeante. Había piscina, pero no tenis. El eslogan del balneario en cuestión era: Sunset Balneary —Paraíso del relax. En la postal constaba que se hallaba en la localidad de Carbondale, a quince millas al Norte de la más importante localidad de Cranston, Estado de Pennsylvania.

Amos Wind estuvo casi un minuto reflexionando. Luego miró la postal, miró las facturas del Sunset Balneary, de nuevo la postal... Finalmente, su mirada se posó en el aparato telefónico de viejo y rancio tono negro que había en la mesita de noche junto al despertador.

* * *

—O sea, que llamó usted a ese balneario —susurró Bárbara, cuya mirada reluciente estaba fija en los oscuros ojos de Wind.

—Sí.

—¿Y encontró allá a Winston?

—No. A su marido no. Pero sí me dijeron que el señor Fosters ha estado varias veces allí. Es más: ahora debería estar allí.

—¿Qué quiere decir eso?

—Hace cuatro días Craig Fosters se presentó en el balneario, como había hecho otras veces. Se instaló normalmente..., y hace dos días que nadie ha vuelto a saber nada de él. Precisamente, empiezan a estar preocupados, pues el señor Fosters nunca había hecho una cosa así.

Se quedaron mirándose fijamente. Amos había vuelto a visitar a la señora Copperland, y de nuevo se hallaba en aquel saloncito tan acogedor, tan absolutamente diferente en todos los detalles al apartamento de Fosters... y su macabro contenido.

—¿Me permite ver ese recetario? —pidió de pronto Bárbara.

Amos parpadeó. Era apenas mediodía, y Bárbara llevaba un jersey de luminoso color azul que se adhería a su busto de un modo como acariciante, sensual; un busto precioso. Amos Wind, basado en las formas que el jersey denunciaba, se imaginó al desnudo los pechos de la inválida, y sintió algo así como si un petardo le explotase en el estómago. Desvió la mirada, porque no quería pensar estas cosas, ni mirar los pechos de ella, ni sus grandes ojos azules tan hermosos y juveniles...

—No es que pretenda impedírselo —replicó—, pues a fin de cuentas usted es quien me paga, señora. Pero acepte mi sugerencia y olvídese de ese recetario.

—Tal vez, como mujer, leyéndolo yo encuentre en él algo revelador que usted no sabe encontrar.

—No hay nada revelador —movió la cabeza Amos—. Sólo hay recetas... Ni un nombre de persona, ni una dirección
o número de teléfono, ni ninguna anotación diferente a las recetas... Sólo recetas, Es un recetario, simple y escuetamente.

—¿Por qué prefiere usted que no lo lea?

—Es muy desagradable... Bueno, pienso que se lo ha de resultar a usted especialmente.

—¿Por qué a mí especialmente?

Amos no pudo resistir volver a mirarla. Bárbara Rosemore tenía una belleza como luminosa..., aunque ahora esa luminosidad estuviese como amortiguada. La boca era redonda, sonrosada y jugosa. El cuello era esbelto, delicado, sencillamente delicioso...

—No sé —masculló el detective.

Ella sonrió tiernamente, y de nuevo pagó las consecuencias el estómago de Amos Wind.

—Usted cree que todo puede lastimarme más que a otras personas, ¿no es así, señor Wind? Me ve tan frágil, tan postrada... Podríamos decir que usted teme que cualquier cosa desagradable o brusca pueda... romperme. ¿Es eso?

—Con franqueza, sí. Más o menos es eso.

—Le aseguro que soy una mujer fuerte. En todos los sentidos: en el físico, en el sexual, en el emocional, en el moral... Casi me atrevería a decir que soy más fuerte que la mayoría de las personas que me rodean. Mi única desventaja es que no puedo caminar. No hay más desventajas, se lo aseguro... ¿Me permite el recetario?

Amos Wind apretó los labios, sacó el recetario, y se lo tendió a la muchacha, que lo tomó con un gesto suave; sus dedos rozaron las manos de Wind, y éste sintió como un seísmo cálido desde su mano a todo el cuerpo. Era la cosa más absurda que le había ocurrido en su vida...

Mientras Bárbara pasaba algunas hojas del recetario, Amos encendió un cigarrillo, y se quedó mirando la luminosidad de la ventana que daba al jardín lateral. Si había en el mundo algún lugar opuesto al maldito apartamento de Fosters era el saloncito de la señora Copperland. Era como un mundo aparte, diferente del usual que Amos conocía, no sólo del apartamento de Fosters.

—No hay para tanto —dijo Bárbara. Wind la miró vivamente.

—¿Qué? —exclamó.

—Realmente las recetas de este librito no resultan... simpáticas. Pero quizá usted ha desorbitado un poco la cuestión. A fin de cuentas, en todos los recetarios del mundo hay platos preparados con carne de animales: pollo, faisán, langosta, pavo, angulas... Y es bien sabido que en ciertos lugares de China engordan ratas para comerlas, del mismo modo que en otros lugares del mundo engordan cerdos, gallinas o conejos. No hay para tanto.

—Tal vez a usted le ha faltado ver aquella cabeza de gato cocida.

—Sí, tal vez. Vamos, señor Wind, no se enfade conmigo.

—No veo por qué tendría que enfadarme con usted —se sorprendió el detective.

—Admita que por lo menos está molesto; y supongo que es debido a que según usted yo debía haberme, cuando menos, escandalizado por estas recetas.

—Está bien: estoy un poco molesto. Pero no tengo motivos ni me asiste la razón así que discúlpeme.

—No, no —desvió ahora la mirada Bárbara—... Encontrar una persona que nos trate con tanta delicadeza no puede ser motivo de ofensa. En realidad se lo agradezco, señor Wind. ¿Puedo decirle algo sobre usted?

Lo volvió a mirar de nuevo. Amos sintió como si toda su piel se estuviese deslizando por todo su cuerpo en un lento... y delicioso escalofrío.

—No creo que haya mucho que decir sobre mí —murmuró.

—Bueno —casi rió Bárbara—, eso es discutible. Por el momento, puedo decirle que cuando lo vi aparecer ayer casi me asusté, pues el primer golpe de vista lo hace aparecer como un... sujeto malencarado, hostil y duro. Me equivoqué como nunca en mi vida, pues es usted simpático, amable y tierno.

—¿Se está burlando de mí? —masculló Amos Wind.

—Claro que no.

—Mire, señora Copperland, usted me ha contratado para encontrar a su marido, no para someterme a un estudio al microscopio. Eso sólo se hace con microbios, bacterias y similares.

—¿Ve como es usted simpático? —rió ella; se inclinó, y su mano se posó sobre una del detective, con un gesto cálido, sincero, limpio —. Estoy segura de que no va a abandonarme ahora.

—Por supuesto que no. Seguiré buscando a su mar...

—Seguiremos.

—¿Qué?

—Supongo que piensa ir usted al Sunset Balneary para intentar recuperar la pista de Winston.

—Naturalmente. Entre otras cosas porque no tengo otra.

—Yo iré con usted.

—¿Al balneario? —se pasmó Amos.

—¿Por qué no? No creo que nadie se sorprenda de que una mujer acuda al encuentro de su marido. O de que, preocupada por la desaparición de éste, contrate a alguien para que la ayude a buscarlo. Y en cualquier caso, señor Wind, lo peor que puede ocurrir es que esté unos días en un balneario, lo que no creo que perjudique a nadie. Más bien lo contra rio, ¿no le parece?

Amos Wind estaba viendo los hermosísimos ojos de Bárbara, pero su memoria estaba recordando el espectáculo del apartamento de Craig Fosters, y, de modo especial, la cabeza de gato con los ojos hervidos.

—Esperemos que tenga usted razón —murmuró.

CAPITULO III

La señora Copperland, y su acompañante el detective Amos Wind, llegaron al Sunset Balneary al mediodía siguiente, en un lujoso modelo de la Ford al que solamente le faltaba pensar, porque hablar, hablaba, conforme a determinadas programaciones de seguridad. No era este modelo, ciertamente, el mejor de los que tenía la señora Copperland en su garaje, pero Amos Wind, que naturalmente conducía el vehículo, dijo que era más que suficiente para dos personas, y que, en cualquier caso, no hacía falta alguna dar signos de ostentación.

Como quiera que a primera hora de la mañana, antes de partir de Cleveland, ya habían telefoneado al balneario, donde les aseguraron que tenían reservadas para ellos, cuando llegaron los estaban esperando; y, mientras dos empleados del hotel se hacían cargo del equipaje de ambos, el detective Amos Wind se dedicó por entero a la señora Copperland.

Esto es, primero descargó la silla plegable de ruedas, la dispuso adecuadamente, y luego sacó del coche en brazos a la bellísima inválida y la acomodó en la silla rodante. Mientras tanto, alrededor de ellos se habían hecho un expectante silencio, o, por mejor decir, un impresionado silencio. Todas las miradas estaban fijas en Bárbara, la cual aparecía sonriente, como si la vida la estuviese ofreciendo lo mejor. En cambio, el detective señor Wind no parecía nada feliz. Nada en absoluto.

—Señor Wind —llamó ella su atención.

—¿Sí, señora Copperland?

—Me gustaría dar un paseo por el parque antes de entrar en el hotel. Hace un día tan espléndido que invita al paseo. ¿No está de acuerdo?

—Me permito recordarle, señora, que hemos venido aquí en busca de su marido, no a dar paseos por el parque.

—¡Pero ha de ser tan hermoso pasear por esas frondas...!

El señor Wind se dio cuenta de que se estaba ganando miradas de antipatía del personal del hotel y de algunos huéspedes de éste que presenciaban la escena, y optó por no hacerse impopular, de modo que, simplemente, empujó el cochecito hacia el sendero, desentendiéndose totalmente del coche y de los equipajes.

Tras ellos quedó la mole algo vetusta y de cierto reflejos románticos del edificio del balneario, que se adornaba con grandes toldos de color crema parecido al de la fachada, y enormes tiestos en las terrazas. Producía un poco la sensación de hallarse en una casa romana del tiempo de los Césares, lo

que sin duda contribuía no poco al éxito comercial del balneario. Porque no hacía falta ser tan perspicaz como el señor Wind para comprender que el lugar era de alto nivel en todos los aspectos y sentidos, lo cual parecía justificarse tan sólo con la visión del edificio imponente, los jardines, el parque, la piscina, el personal numeroso y atento, el aspecto de las personas que paseaban por allí silenciosamente, los lujosos automóviles...

—Señor Wind.

—¿Si, señora Copperland?

—Si no le apetece a usted empujar el cochecito puede retirarse, y utilizaré el

motorcito para desplazarme. Pero sería una lástima, porque romper el silencio de este lugar con el estrépito de un motor, aunque sea tan pequeño, me parecería una brutalidad.

—Muy bien, señora Copperland.

—¿Muy bien?

—Eso he dicho.

—Pero... ¿qué significa? ¿Muy bien que se va y me deja sola en este lugar, o muy bien que sigue acompañándome para que yo no tenga que poner en marcha el motorcito?

—Lo último.

—Ah. Se lo agradezco. No es usted muy hablador, ¿verdad?

Haciendo la pregunta, Bárbara volvió la cabeza y alzó los ojos hacia el hombre que empujaba su cochecito. Talmente parecía que a cada segundo que transcurría los ojos de la señora Copperland fuesen más grandes y más hermosos, más impresionantes. Ahora, bajo las frondas, sus ojos tenían un azul oscuro que parecía cambiante, y profundo y quieto, de una serenidad increíble.

—No —murmuró Amos Wind—, no soy muy hablador. Aunque la verdad es que estaba distraído.

—¿Quiere decir que no me escuchaba?

—Sí, sí..., pero al mismo tiempo pensaba que tal vez nos han visto llegar. Me refiero a Craig Fosters. Y posiblemente su marido no anda muy lejos de Fosters, señora Copperland.

—Posiblemente —admitió ella—, Pero tal vez el señor Fosters todavía esté en paradero desconocido. ¿No cree que ha debido interesarse por él al llegar?

—He preferido no hacerlo, a fin de que no nos relacionen con él. Preguntaré discretamente por su marido, pero no por el señor Fosters, pues si le ha ocurrido algo que haya dado lugar a la intervención de la Policía, y nos relacionasen con él, sin duda seríamos... molestados.

—Ah, es cierto. Le agradezco mucho que tenga en cuenta esos detalles. Pero dígame una cosa: ¿por qué estamos hablando como... en secreto? No hace falta bajar tanto la voz, pues nadie puede oírnos.

—Eso puede parecérselo a usted, señora. Pero yo sé que si nos están viendo pueden leer en nuestros labios lo que hablemos. Y sé que hay sofisticados aparatos que pueden captar y grabar nuestra conversación desde muy lejos. Por lo tanto, me parece... conveniente que nuestras conversaciones sean de índole... aburrida.

—¡Con lo que detesto aburrirme...! ¿Sabe, señor Wind?:

tengo la impresión de que una de las mejores cosas que se me han podido ocurrir en la vida ha sido contratarle a usted.

—Sin duda. Mi compañía, cuando menos, le garantiza seguridad.

—Oh, nada podría ocurrirme a mí. ¿Quién habría de molestar a una pobre inválida?

—Empezando por un sádico y terminando por alguien que pretendiera secuestrarla, cualquier persona.

—Cielos, un sádico... ¿Por qué habría de molestarme un sádico?

—O un sátiro.

—¿Quiere decir que podrían hacerme objeto de una... agresión de tipo sexual? — pareció pasmarse Bárbara Copperland—. ¿A mí? ¿A una inválida? Me parece usted un fantasioso, señor Wind.

—Es posible que lo sea. Esperemos que tenga usted razón, y que nadie la relacione a usted con cuestiones de sexo.

—No comprendo qué quiere decir.

—Se me ha ocurrido que las personas que nos han visto pueden pensar que usted es la... millonaria en dificultades, y yo su... complaciente acompañante.

Bárbara volvió de nuevo la cabeza, alzando los ojos con aquel gesto lento y directo. Había en sus pupilas como unas chispas de risa.

—¿Le molestaría que creyeran eso de nosotros, señor Wind? —inquirió expectante.

—¿Y a usted? —represuntó Amos Wind.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente, y, de pronto, sonrió ampliamente. Pareció que su rostro se iluminase. Iba a dar una respuesta cuando él se detuvo de repente, haciéndole un gesto. Ella quedó con la sonrosada boca a punto de hablar, pero inmóvil. Al detenerse Amos se había detenido el cochecito, naturalmente.

Y de pronto, en la espesura del denso bosque sombrío, quietos en el sendero para paseantes, se encontraron como sumergidos en un silencio insólito que producía la impresión de una gran telaraña envolvente. Era un silencio como hecho de algo sólido, palpable, espeso. No se oía nada en absoluto, ni siquiera el rumor de una leve brisa, o el lejano canto de un pájaro... Nada.

Durante casi un minuto los dos permanecieron muy atentos, aguzando el oído.

Por fin, Bárbara susurró:

—No oigo nada.

—Eso es lo que no me gusta de este lugar. Nunca he estado antes en un bosque silencioso. Siempre se oye algo.

Bárbara Copperland parpadeó, como en sorprendida reflexión, y luego asintió con la cabeza. Amos Wind tenía razón, en un bosque siempre se oye algo. Del mismo modo que siempre se oye en el mar, no existe el silencio total y continuado, se diga lo que se diga.

—Me parece, señor Wind, que no está usted demasiado tranquilo.

—No, no lo estoy. Y por otra parte este paseo no tiene objeto. Al menos para mí.

¿Qué objeto tiene para usted?

—Se me ha ocurrido, precisamente, dar que hablar en el sentido de que podría haber alguna cosa entre yo y mi... complaciente acompañante. Sería el modo de obligar a mi marido a que apareciese..., si es que realmente está por aquí.

—Ya entiendo. Pero todavía le obligaría más a hacer su aparición si pasáramos unos largos ratos juntos en su habitación, señora Copperland.

—Tampoco hay que excederse... Eso resultaría demasiado descarado, de poco estilo. Si algo ha de ocurrir entre nosotros tiene que ser fuera del hotel, lejos de la posibilidad de que nos vean..., o que a nosotros nos parezca que no pueden vernos.

En cualquier caso, reconozca que una manera de obligar a mi marido a aparecer es hacer circular la información de que su esposa está aquí... con un hombre tan atractivo como usted.

—Es usted muy amable. Pero me permito recordarle lo que he dicho antes: es muy posible que alguien nos esté oyendo a distancia.

—¿Y eso por qué? ¿No le parece que tendría más sentido que mi marido o el señor Fosters se acercasen a nosotros?

—No, porque mi impresión es la de que su marido y el señor Fosters no quieren que nadie sepa dónde están. Recuerde que el señor Fosters no dejó recado alguno respecto a su paradero: fui yo quien encontró la posible pista, que resultó acertada.

—O sea, que según usted, quizá aunque nos vean y estén escuchándonos para saber qué hacemos aquí y quién es usted y qué tiene que ver conmigo, no se acercarán a nosotros.

—Podría ser eso.

—Señor Wind: ¿se le ocurre a usted qué puede tener que ver un balneario tan bonito como éste con un recetario tan... peculiar como el del señor Fosters?

—Francamente, no. A menos que el recetario del señor Fosters tenga alguna relación con las cocinas del balneario.

—¡Eso sería repugnante!

—Bueno, pero lo indudable es que la carne de perro callejero debe ir más barata que la de cordero o pavo.

—¡No diga esas cosas! Significaría que a los huéspedes de este lugar les estarían dando de comer... ¡Oh, vamos, no diga barbaridades!

—Creo que deberíamos regresar, señora Copperland. Y mientras usted descansa tras el almuerzo yo me daré una vuelta por el lugar en busca de algún posible indicio de la presencia del señor Fosters.

—Tal vez si pregunta usted por él en conserjería le dirán que ya ha regresado.

—Es una posibilidad —admitió Amos Wind—. Pero si él no ha reaparecido quizá me dé una vuelta por su habitación. ¿Regresamos?

—De acuerdo.

* * *

Craig Fosters no había reaparecido, de modo que, conforme a sus iniciales intenciones, Amos Wind se dio una vuelta por su habitación. Es decir, que entró en ésta utilizando su ganzúa

especial para abrir la puerta. Una vez dentro, invirtió unos diez minutos en pasear lentamente por toda la pequeña suite, mirando con atención los sitios donde podía haber algo interesante.

Debían ser las cuatro y media cuando Amos Wind entró en la habitación de Craig Fosters. A las cinco menos tres minutos exactamente había encontrado la nota; una nota breve, escrita con mayúsculas, que vio sobresalir, doblada, de entre las páginas de un libro que había sobre la mesita de noche.

El contenido de la nota era el siguiente:

POR LO QUE ESTAS HACIENDO,
MERECES MORIR COMO UN PERRO

Esto era todo. Una nota anónima y ciertamente inquietante. Amos Wind la contempló fruncido el ceño, y, convencido de que nada más iba a encontrar digno de su interés, abandonó la suite de Fosters. Bajó al piso inferior, donde él y
Bárbara Rosemore tenían sus habitaciones, titubeó, y, finalmente, optó por seguir descendiendo pisos hacia el vestíbulo del hotel.

Unos veinte minutos más tarde, es decir, cerca de las cinco y media de la hermosa y soleada tarde, Amos Wind aparecía de nuevo en el piso donde estaba alojado, y se fue directo a la puerta de la suite de Bárbara, a la que llamó con los nudillos de un modo que parecía casual pero que no lo era. Casi en seguida se abrió la puerta, dejando visible a Bárbara, sentada en su silla rodante, que había desplazado manualmente haciendo girar ¡os aros especiales de las ruedas.

—Ah, señor Wind —exclamó—, ¡empezaba a temer que me había olvidado usted!

—Por supuesto que no, señora. He estado interesándome por su marido, pero no está ni ha estado nunca en este balneario. Nadie sabe nada de él.

—Pero si el señor Fosters se vino aquí, y Winston estaba con él hace cinco días...

—El señor Fosters sigue sin aparecer. Creo que lo mejor que podemos hacer, a menos que consigamos alguna inesperada información, es tomarnos las cosas con calma. ¿Le apetece un paseo por el bosque?

—Vaya, señor Wind, no quiero parecerle exigente en exceso, pero... le pago para que busque a mi marido, no para pasear.

—Hay tiempo para todo. Además, me pareció que le gustaba pasear por el bosque.

—Eso es cierto. Bien..., no voy a quedarme aquí encerrada todo el día, desde luego. Daremos ese paseo por el bosque.

Quince minutos más tarde la señora Copperland y el señor Wind, éste empujando el cochecito, emprendían el paseo por el sendero que se adentraba en el bosque. Estuvieron caminando en silencio quizá diez minutos antes de que Amos Wind se detuviera y se plantara delante de la inválida.

—¿Le apetece un cigarrillo? —ofreció el paquete.

—Oh, sí, gracias... ¡Este bosque sigue pareciéndome encantado! ¿Se ha fijado que casi nadie pasea por él?

—Tal vez les resulta demasiado sombrío y húmedo. A mí me parece normal que la gente prefiera pasear más por los jardines

del balneario, o, en todo, caso, por las lindes del bosque, no por aquí.

—O sea, que yo no le parezco normal.

—Digamos que sus gustos no son corrientes, señora.

Mientras hablaban, Amos le había tendido a Bárbara la nota que había encontrado en la habitación de Fosters, y ella la había leído de un rápido vistazo, para mirarlo luego fijamente. Y sin más disimulos preguntó:

—¿Qué le sugiere a usted esto, señor Wind?

—Es una amenaza, evidentemente. No sé si Fosters la recibió en Cleveland o aquí, aunque me inclinaría a creer que la recibió en Cleveland. Tal vez por eso se vino aquí,

posiblemente escapando de alguna represalia.

Pero lo encontraron.

—¿Quiénes?

—Dos hombres. Después de encontrar la nota he hecho algunas preguntas bastante directas sobre Fosters, y me he enterado de que poco antes de desaparecer estuvo conversando con dos sujetos, con los cuales, finalmente, se metió en su coche y partieron por el sendero que bordea el bosque. Desde entonces, nadie ha vuelto a saber del señor Fosters..., y la dirección va a esperar solamente hasta la hora de la cena de hoy para avisar a la Policía.

Bárbara asintió, volvió a mirar la nota, y preguntó, baja la mirada:

—¿A qué se deben referir quienes han escrito la nota? ¿Tal vez se refieren a lo que hace Fosters con los perros y gatos...? Bueno, lo que vio usted en su apartamento.

—Eso es lo que también se me ha ocurrido a mí, desde luego.

—¿Cree usted que alguien se molestaría en amenazar a una persona porque estuviese matando gatos y haciendo recetas con ellos?

—Lo cierto es que Fosters ha desaparecido. ¿Sería tan amable de esperar aquí unos minutos, señora Copperland? Voy a adentrarme un poco yo solo por esa parte. Sé que es una cosa muy vulgar, pero tengo necesidad de hacerlo. No sé si me entiende.

—Desde luego —sonrió amablemente la inválida.

Amos Wind asintió, y se dirigió hacia la parte de bosque que había señalado. Apenas llegaba un leve resplandor de sol en aquella zona, pero alrededor sí se veía como un lejano cinturón dorado, fantástica visión óptica producida por la luz del sol. En ocasiones parecía que flotase entre los árboles una neblina dorada que producía una ceguera momentánea por deslumbramiento, y en ocasiones el lejano sol parecía estallar silenciosamente en hermosas estrellas que lanzaban sus rayos como flechas hacia el interior del bosque...

Uno de esos rayos de sol, una de esas flechas doradas, reveló a los ojos de Amos Wind la presencia del coche, al reflejarse en la carrocería. El automóvil estaba bien metido entre un grupo más apretado de pinabetes. Sobre su techo se veían algunas deyecciones de pájaros.

Amos se acercó lentamente, pisando con cuidado la pinocha, evitando que el sol le diera en los ojos desde la linde del bosque. No había nadie dentro del coche, lo que comprobó

cuando llegó junto a éste. Las llaves estaban puestas en la ignición. Amos las tomó, y abrió el maletero de atrás. Tampoco había nada ni nadie en el maletero, salvo cosas de uso normal y corriente para viajar en coche. Amos Wind frunció el ceño, pensativo, y estuvo así unos segundos. Por fin movió la cabeza como quien no entiende nada, cerró el maletero, y se encaminó hacia la parte delantera...

Entonces vio aquello colgando de una rama de un árbol. Aquello.

CAPITULO IV

La primera impresión que uno recibía al ver aquello era que se trataba de un cuerpo humano. En seguida, se reaccionaba diciendo que no, que no podía ser una persona lo que pendía del árbol. Y también en seguida uno terminaba por decir que sí, que por increíble que pareciese, aquello era el cuerpo de un ser humano.

Muy despacio, Amos se acercó hasta poder contemplar bien aquellos restos mortales.

Restos. Y nunca mejor dicho.

El hombre colgaba de una rama por medio de las finas pero fortisimas cuerdas que se anudaban en sus tobillos. Tenía las ropas desgarradas hasta el punto de que prácticamente estaba desnudo, y en líneas generales su aspecto era sencillamente espeluznante. Colgaban sus brazos como estacas rojas, sus cabellos parecían un gigantesco pincel ya seco que se había ido escurriendo en el suelo. Su rostro estaba deforma do y gris, y sus ojos parecían dos grandes bolas sobresalientes de cristal sucio y viejo, casi como podrido...

Había sido abierto en canal, y sus vísceras arrancadas.

Cuando Amos se acercó todavía más se dio cuenta de que había algo que podía ser un corazón como metido a la fuerza en la boca del hombre descuartizado.

Ni un músculo se había alterado en el rostro de Amos Wind, pese a lo horripilante de la visión. Simplemente, miraba el cadáver, aquellos restos, como si esperase obtener de ellos alguna información provechosa. Y así estaba cuando oyó el ligero ruido tras él. Se volvió lentamente, y se quedó mirando a la señora Copperland, que se acercaba haciendo girar a mano los aros de las ruedas. Ella se detuvo a pocos metros de Amos, mirando como hipnotizada el trágico cuadro.

—No creo que sea su marido —dijo Amos Wind—. Me atrevo a suponer que es Craig Foster. La pregunta es: si han hecho esto con Fosters... ¿dónde está su marido y qué han hecho con él, señora Copperland?

Ella no contestó. Aspiró hondo, eso fue todo. Desvió la mirada hacia el coche.

Amos siguió su mirada, y dijo:

—Se lo llevaron del balneario como para dar un paseo, y al llegar a esa parte del sendero lo obligaron a meter el coche en el bosque. Entonces le hicieron esto.

—¿Por hacer recetas con perros, gatos y ratas?

—Tal vez Fosters estuviese haciendo otra cosa, algo que sí molestase de verdad a otras personas. O quizá fuese lo del recetario.

—No lo creo. Unas personas que amasen a los animales podían, tal vez, amenazar a alguien para que los dejase en paz, pero nunca harían una cosa como ésta.

—Los seres humanos, si me permite decirlo, son en muchas ocasiones verdaderamente imprevisibles e incontrolables, señora Copperland.

—Un amante de los animales no puede hacerle esto a un ser humano.

Amos Wind encogió los hombros. Y justo entonces vio al primer hombre. Llegaba por detrás de Bárbara, caminando pausadamente, mirando hacia ellos. En el momento en que Amos pensaba en la conveniencia de meter la mano bajo su axila

en busca de la pistola, vio al segundo hombre. Y casi en seguida, siguiendo la dirección de la mirada muy expresiva de Bárbara, vio al tercer hombre.

Se acercaban por tres puntos diferentes, silenciosos, mirándolos fijamente. Amos pensó que tal vez tendría tiempo de desembarazarse de dos antes de que el tercero lo acribillase, lo cual era una majadería, así que permaneció quieto. En cualquier caso, todavía habría sido más majadería liarse a tiros con aquellos tres hombres que, sin duda, tenían algo que ver con Fosters.

Los tres sujetos se detuvieron, y uno de ellos preguntó:

—¿Quién es usted?

—Amos Wind —replicó éste, sereno y tranquilo.

—Ya. Es el tipo que ha estado haciendo preguntas por el balneario, y seguro que es el que llamó ayer interesándose por Fosters. ¿Cierto?

—Sí.

—Pues ahí tiene a Fosters —señaló el sujeto aquello que pendía del árbol—... ¿Por qué lo está buscando?

—Soy detective privado, y la señora me contrató para que encontrase a su marido. Este se había relacionado con Fosters, encontré la pista de éste, y hemos venido pensando que el marido de la señora podía estar aquí con Fosters.

—¿Y quién es el marido de la señora?

—Winston Copperland.

—Oh oh... Conque es ése... ¿Y no han avisado a la Policía?

—No.

—¡Estupendo! —casi rió el hombre—. Bueno, amigo Wind, es usted un tipo listo,
¿eh?

Amos Wind no contestó. Uno de los sujetos había sacado una pistola y apuntaba con ella a Bárbara. El otro se acercó a él, pasó detrás, y le quitó la pistola de 1a funda axilar.

—Es un tipo dócil —comentó.

—Nada de eso —replicó el otro—. Es listo, que no es lo mismo. Sabe que la situación no le es nada favorable, y no se complica la vida..., que es el mejor modo de conservarla. ¿No es así, amigo?

—No soy su amigo —dijo secamente Wind.

El otro entornó los párpados, estuvo contemplando así unos Segundos a Amos, y luego sonrió. Desvió su mirada hacia Bárbara Rosemore.

—De manera que está usted buscando a su marido.

—Si —musitó la inválida.

—Pues es usted muy decidida y muy valiente. Y una pobre tonta, ya que él no se merece el esfuerzo.
—¿Qué quiere decir?
El sujeto encogió los hombros, y se acercó a Bárbara. La miraba entre desconcertado y ávido. Evidentemente había algo que no comprendía, y muy pronto supieron lo que era, cuando él dijo:
—Para estar paralítica es usted un bombón, ¿sabe? Y apuesto a que si el hombre que la maneja sabe hacer las cosas hasta lo pasaría usted divinamente. ¿A que sí?

¡Conteste!
—Sí —murmuró ella
—Sí... ¿qué?
—Que lo pasaría divinamente.
—Apuesto a que el detective ya le ha dado gusto al cuerpo. ¿A que sí?
—No... No.
—Me extraña, pues debe usted andar quemada, nena. Y digo esto porque sé muy bien que hace tiempo que su marido no la... utiliza. Y no comprendo por qué, ya que un buen polvo lo tiene usted, lo juro.
—Es usted un cerdo —dijo con indiferente desprecio Amos Wind—. Debería aprender a tratar a las señoras.
—Las señoras, ¿eh? ¿Se refiere usted a esta perrita caliente que siempre anda tras el marido para que se lo haga pasar divinamente, y que en cuanto él se va se agarra a cualquiera? A usted mismo, por ejemplo. Seguro que se la ha tirado durante la siesta. 6A qué sí?
—Vamos, Oliver —gruñó el que estaba detrás de Bárbara—, déjala ya.

—¿Acaso tú no te la tirarlas? Mírala bien: ¡está muy buena!

—De acuerdo, pero deja ya el asunto, ¿quieres? Será mejor que vayas a por el coche. Y no te entretengas: no podemos quedarnos aquí, pues puede venir alguien.

—¡Qué va! Fosters lleva así tres días, y nadie lo ha visto más que nuestro listo amigo Amos Wind, detective privado, que es todo un desconsiderado con las damas: no ha debido traer aquí a la señora. ¿A qué no?

—Ve a por el coche —mascculló el otro.

—No os la tiréis durante mi ausencia, ¿eh? —rió el tal Oliver.

Se alejó. Amos permanecía de pie, impávido, inescrutable. Bárbara miraba al hombre que tenía delante, pistola en mano. No parecía interesada por el que tenía a su espalda, igualmente armado.

—O sea —dijo de pronto el interlocutor de Oliver—, que usted sacó conclusiones tras andar preguntando por el balneario, ¿no es cierto? Supo que lo habían visto con dos hombres, que habían partido bordeando el bosque..., y se dijo que tal vez Fosters no estaba muy lejos del sendero que con tornea el bosque. ¿Fue así?

—Sí —asintió Amos.

—Listo sí es —dijo el otro—, ¿verdad, Wendell?

—Cierra la boca y no lo pierdas de vista —replicó Wendell.

Quedaron todos silenciosos. No tardaron en oír el leve

zumbido del automóvil acercándose por entre los árboles. Apareció el vehículo, que fue a detenerse muy cerca de Bárbara. Oliver se apeó, y dijo:

—Permítame que la lleve en mis amorosos brazos al coche, señora.

—¿Qué quiere decir? —exclamó ella— ¡Ustedes no pueden llevarme, eso seria un secuestro!

—Vaya, ella también es lista —torció el gesto Oliver—... ¿Cómo ha adivinado que la vamos a secuestrar?

—i No pueden hacer eso! —chilló Bárbara.

—No se ponga histérica, o la sacudo —gruñó Oliver—, Venga, menos cuento y

contemplaciones y al coche. Se lo digo en serio, tullida: si me fastidia le rompo la cara de un guantazo. ¿Está claro?

Bárbara tenía los ojos muy abiertos, y el rostro alterado. Miró a Wind, que torció el gesto y desvió la mirada. Esto pareció suficiente para que la muchacha comprendiera, y ya, no dijo nada más, ni se opuso a que Oliver la tomara en brazos y la llevara hacia el coche. Oliver rió cuando quiso besarla en el cuello y ella consiguió apartarse. Lo que no consiguió evitar Bárbara fue que, después de acomodarla en el asiento de atrás, Oliver le diese un par de manotazos en los pechos, haciéndolos saltar groseramente y comentando con no menor grosería:

—¡Si señor, buena mercancía...!

Cuando se volvió Amos estaba junto al coche, dispuesto a abordarlo también, con los otros dos sujetos vigilándolo estrechamente. Oliver sonrió, y de pronto, alzó la rodilla, aplicando un tremendo golpe en la zona genital a Amos Wind, que no pudo contener un breve bufido, mientras retrocedía un paso y se encogía un instante; eso fue todo.

—Eres un gallito, ¿a que sí? —deslizó insidiosamente Oliver —, Pero ya te iré ablandando yo los cojones, ya verás. ¿Y sabes por qué? —rió—. ¡Pues porque no has querido ser amigo mío!

Intentó darle otro rodillazo, y entonces las cosas se le complicaron no poco a Oliver. Amos Wind, simplemente, giró las caderas de modo que la rodilla de Oliver le golpeó en una de ellas en lugar de alcanzar la zona genital. Al mismo tiempo, el puño derecho de Wind se estrelló con escalofriante impacto en pleno rostro de Oliver, que no dijo ni pío. Ni siquiera gritó, o se lamentó, o se sobresaltó. Fue un puñetazo absolutamente brutal, que partió la nariz y los labios de Oliver, le hundió tres dientes dentro de la boca, y le arrancó un súbito surtidor de sangre, mientras el matón, como muerto en el acto, caía hacia atrás, en trágico silencio.

Casi simultáneamente con esto sucedía otro pequeño evento en el que Amos Wind no llevó la mejor parte: Wendell lo golpeó con la pistola en la cabeza, y, cuando todavía fuerte y agresivo, Wind se volvió hacia él, recibió el golpe propina do por el otro, que lo abatió.

—¡Caray! —aulló Wendell—. ¡Buen golpe, Lindstrom! ¡El muy bruto había aguantado el mío! A este tipo deberíamos liquidarlo, porque...

—Si ustedes hacen eso —deslizó suavemente Bárbara Rosemore— van a saber lo que es malo, se lo advierto.

Lindstrom y Wendell miraron desconcertados y burlones a la inválida, que los miraba fijamente. Lindstrom fue el primero en

echarse a reír.

—Escuche, grulla corredora —dijo cruelmente—, será mejor que no nos provoque,
¿entiende?

Bárbara Rosemore no dijo nada. Seguía mirándolos. En el suelo, el sangrante Oliver emitió un quejido, y Wendell y Lindstrom lo miraron. Wendell se arrodilló junto a su compañero, y se quedó mirando impresionado el destrozo que había ocasionado el puñetazo de Amos Wind.

—Espera a que Oliver se recupere —dijo Lindstrom—... ¡No quisiera estar en el pellejo del detective, te lo juro!

—A ver si encuentras cordeles para atar a Wind de pies y manos. Yo me ocuparé de Oliver. Maldita sea, ¡tan fácil que habría resultado el viaje si estos dos mierdas no lo hubieran complicado!

* * *

Finalmente, el coche se detuvo, y Amos Wind supo que esta vez era definitivo. En efecto, el motor fue apagado. Hubo un instante de silencio, y luego se oyó la voz de Wendell, que era el que había estado conduciendo:

—Venga, Wind, salga. Y tú, Lindstrom, saca a la señora... Espera, que le prepararé su bólido... ¡Ja, ja, ja!

Amos Wind salió por sí mismo del coche, pese a tener los ojos vendados. Se había encontrado así, y con las manos atadas a la espalda, cuando recobró el conocimiento. Entonces ya estaban viajando en coche, y todavía había durado el viaje casi una hora más, de donde se desprendía, habida cuenta de que no habían circulado a mucha velocidad, que podían estar a unos setenta u ochenta kilómetros del balneario...

Oyó los ruidos de la silla plegable al ser desplegada. Wendell todavía hizo otro comentario jocoso, y Lindstrom rió. Al que no se le oía en absoluto era a Oliver, el amigo que se había quedado sin dientes y con la nariz hecha papilla, y que había viajado en el asiento delantero junto a Wendell.

—¿Qué, Oliver? —sonó de nuevo la riente voz de Wendell—. ¿No quieres sacar en tus amorosos brazos a este bomboncito? ¿No? Bueno, pues lo hará Lindstrom, que tiene ganas de meterle mano...

—¿Está usted bien, señora Copperland? —preguntó Amos al oír una exclamación de la inválida.

—Sí —sonó forzada la voz de ella—... No se preocupe por mí, señor Wind. Sabré arreglármelas.

—¿Lo ves, hombre? —dijo Lindstrom—, ¡Sabrá arreglárselas! ¡Todo sea por el placer del sexo!

—Venga, detective, camine —dijo Wendell.

En la oscuridad que le imponía el vendaje, Amos Wind caminó, quizá unos cien metros. Entró en un sitio en el cual percibió en seguida el olor a cocinas. Se oían ruidos característicos de una gran cocina en alguna parte... Y llegaban olores diversos, confundidos. Era... mareante, casi repugnante. Pero no porque nada de lo que olía lo fuese en sí, sino porque había demasiados olores.

Los ruidos de cocina y los olores quedaron a su espalda.

Caminaba ahora por un sitio cerrado y silencioso: un pasillo. Luego, a empujones lo hicieron entrar en otro sitio, que se hundió... No. Simplemente era un ascensor. Un montacargas. No descendió más allá de ocho metros, según calculó Amos. Se detuvo, y salieron de él. A su lado se oía el leve ruido que producía la silla de Bárbara al desplazarse.

De nuevo se hallaban en un pasillo. Se detuvieron de pronto, y la voz de Wendell sonó, antipática e irónica:

—Adentro, pareja.
Se oyó una puerta grande abriéndose. Amos fue una vez más empujado. Tras él oyó al leve rumor del cochecito de Bárbara. A su espalda, más atrás, se oyó la voz farfullante, palpitante de odio, de Oliver:
—Espera a que me autoricen a acabar contigo, y te vas a enterar de cómo las gasto..., amigo.
—Pero antes te tirarás a la señora, ¿no Oliver? —recordó Lindstrom, riendo.
—A la señora le voy a hacer cosas que nunca olvidará mientras esté viva... Pero a ella le gustarán, seguro. ¿A que sí, señora?
Por supuesto, Bárbara no contestó. Se oyó la puerta al ser cerrada. Quedó flotando un silencio como todavía roto: como agua removida que se fue posando lentamente, hasta quedar de nuevo quieta y transparente; es decir, un silencio completo, de sótano, de lugar aislado.
Amos notó en sus manos los dedos de Bárbara Rosemore. Ella le estaba deshaciendo los nudos. Cuando terminó, Wind se quitó la venda, y miró a la inválida, que le contemplaba con expresión apacible.
—A mí también me vendaron los ojos, pero no me ataron las manos como a usted, señor Wind.
Este asintió, y alzó la mirada. Había en el techo una bombilla protegida por una pantalla de porcelana. Se hallaban en una habitación sin ventanas ni cualquier otro sistema de ventilación, salvo la puerta. Lo que significaba que si ésta cerraba herméticamente y no la abrían de cuando en cuando podían morir asfixiados allí dentro.
—¿Se encuentra bien? —preguntó Bárbara.
Amos asintió de nuevo, tocándose con cuidado la cabeza, allá donde había recibido los dos golpes. Uno de ellos había abierto una pequeña brecha por la que había manado sangre, que ahora formaba una costra espesa y desagradable con los cabellos. Por un lado de la cara de Amos se deslizaba un hilo de sangre que parecía talmente en cordón escarlata pega do con cola.
—Supongo que olió usted la comida —dijo Bárbara.
—Si.
—Era un olor desagradable, ¿verdad? Quiero decir por las mezclas.
—Sí... Parecía que estuviesen haciendo muchas comidas a la vez... Quiero decir platos diferentes.
—Algo así como si se estuviesen cocinando muchas recetas

de un recetario,

¿verdad?

—Tal vez era un concurso de cocina —sugirió desabridamente Amos.

La señora Copperland sonrió suavemente. El frunció el ceño, se acercó a la puerta, y la examinó. Movió la manilla, que, naturalmente, no se abrió, no bajó del todo. Era una puerta demasiado sólida para pensar en derribarla con las manos. Y por otro lado... ¿adónde irían una vez fuera de la celda? Estaban en un sótano en el que no sabían qué había.

—Seguramente se ha encontrado usted en situaciones tan difíciles o más que ésta, señor Wind —dijo Bárbara.

—No estoy para bromas, señora Copperland.
—¡Pero si no es una broma...! Ocurre que estando con usted no tengo miedo en absoluto. Estoy segura de que conseguirá arreglarlo todo de modo que no nos ocurra nada malo.
—Quisiera estar tan seguro como usted
—Ya verá cómo sí —sonrió ella—... Aunque quizá digo esto porque me obceca un poco lo que siento por usted. Ya sabe lo que pasa.
—¿De qué está hablando? —gruñó Amos.
—Me he enamorado de usted.
—Estupendo. Es un buen momento para dedicarnos a coqueterías.
—Tal vez sea un poco coqueta —admitió ella—, pero es verdad que me he enamorado de usted. ¡Y de qué modo...!
—Escuche, señora —la miró no poco enfadado Amos Wind—: le recuerdo que hemos venido a parar a esta situación precisamente buscando a su marido. Si alguien la oyera hablar ahora pensaría que es usted algo así como una... inconsciente o una zorra.
—Pero nadie nos oye —sonrió ella—... ¿O sí?
—No lo sé. ¿Lo sabe usted?
—¿Yo? Tampoco.
—Entonces debería usted comportarse como si alguien nos estuviera oyendo. Además, insisto en que no es momento de bromas.
—Acérquese, por favor, señor Wind.
Amos frunció el ceño de nuevo, titubeó, y terminó por acercarse a la inválida. Esta le tomó de una mano, tiró de ella, y Wind cedió, inclinándose un poco. Ella le pasó el brazo libre por el cuello, lo atrajo, y lo besó en la boca. Amos Wind no se movió. Estuvo unos segundos inclinado, notando en sus labios los de ella, tan tiernos, tan frescos, tan húmedos y deliciosos... De pronto, ella introdujo su lengua en la boca de él, la retiró en seguida, y se apartó.
—Te amo —susurró.
Wind la miró a los ojos, siempre fruncido el ceño.
—Decididamente —susurró también—, es usted una... apasionada, por decirlo finamente. Aunque Oliver tenía razón, claro está.
—¿No le gustan a usted las mujeres apasionadas, señor Wind?
—En su momento, sí.
—Bueno, ¿y qué tiene de malo este momento para aclarar las cosas? Mi marido hace tiempo que no me ama, lo sé. Me sentía sola y sin deseos de vivir... Y de pronto aparece usted, señor Wind. Tal vez sea por mi soledad; tal vez por mi invalidez que

me mantiene aislada, apartada de una vida normal; tal vez porque quizá nunca amé realmente a mi marido..., pero, por lo que sea, el hecho cierto es que lo amo a usted.

—Ya. Y dentro de un tiempo, si es que salimos de ésta, quizá le dirá a otro hombre que a mi nunca me amó *realmente.*

—¡Claro que sí! Esta vez sí es amor... Amor de verdad. Le explicaré cómo fueron las cosas entre Bárbara Rosemore y Winston Copperland cuando éste se acercó a aquélla; Bárbara tenía mucho dinero, estaba harta de que la asediasen los hombres,

y convencida de que todos los hacían por su dinero más que por su belleza. Porque, señor Wind, chicas bonitas como yo hay muchas, ¿no está de acuerdo?

—No.

—¿No? ¿De veras?

—Hay muchas chicas bonitas, es cierto. Pero usted, además de serlo mucho, tiene un... encanto especial que no he visto en ninguna otra. Tal vez sean los ojos, tal vez su modo de mirar, o su frente de apariencia cándida... Quizá sea algo que emana de usted, de su espíritu o de su corazón, no lo sé. Como sea, señora, el conjunto la convierte en la más hermosa mujer que jamás he conocido.

—¡Señor Wind...! Oh, Dios mío, nunca me habían dicho nada tan hermoso.

—Bueno, señora, bien tenía que corresponder a sus amabilidades conmigo A fin de cuentas, no tenemos otra cosa que hacer más que decirnos lindezas.

—Se equivoca usted... Podemos hablar de otras muchas cosas. Ah, pero ahora que recuerdo, le estaba explicando cómo fueron las cosas entre Bárbara Rosemore y Winston Copperland. Este se acercó a aquélla, evidentemente con intenciones de casarse con ella. Y como Bárbara estaba convencida de que todos los hombres la acosaban más por su dinero que por su belleza, decidió aceptar a Winston Copperland.

—¿Eso fue porque Copperland la amaba por su belleza?

—No, no. Fue porque de los muchos que acosaban a Bárbara era el que tenía mayor... fascinación masculina. Era alto, guapísimo, inteligente, simpático, cariñoso, atento, amable... ¿Para qué buscar o esperar más? Si de todos modos los hombres la buscaban por su dinero... ¿por qué no que darse con el más guapo y amable de todos?

Amos reflexionó unos segundos, y asintió.

—Es una reacción bastante lógica y consecuente —admitió.

—¿Verdad que sí? Pero no hubo... verdadero amor. Bueno, ya sabe: si dos personas que dicen amarse, jóvenes, atractivas y saludables, deciden hacer el amor, pues... la cosa tampoco es como para lamentarse, así que tanto Bárbara como Winston decidieron vivir si no felices como dos tortolitos, sí alegremente y disfrutando de todo cuanto de hermoso les ofrecía la vida. ¿Por qué no? Y, en fin, todo fue de maravilla hasta que Bárbara tuvo el accidente.

—Habla usted como si estuviera contando las confidencias de una amiga en lugar de su propia vida, señora Copperland.

—He querido... separar una Bárbara de otra. Sí, podríamos decir que le estoy contando las confidencias de una amiga que casi se convenció a sí misma de que su marido la amaba. Pero la verdad apareció cuando tuvo el accidente. Ya las cosas no eran alegres, divertidas y todo eso... Simplemente, el señor Copperland decidió... prescindir de su esposa, de un modo total. Claro está que ella tuvo entonces que comprender que *realmente*, ellos no se amaban ni se habían amado de verdad nunca.

—Sin embargo, usted me ha contratado para que encuentre a su marido.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar, señor Wind, que quizá Bárbara ha hecho eso para que el detective privado consiga encontrar a Winston Copperland en una

situación... comprometida, suficiente para que ella exija el divorcio y no tenga que pasarle cantidad alguna jamás al señor Copperland?

—De donde se desprende que usted, es decir, Bárbara, sospecha que su marido tiene... uno o varios líos por ahí, y quiere descubrirlos.

—Así es. Se me ocurrió que lo de su amigo Fosters podía ser un arreglo entre ellos para que Winston tuviera el pretexto de marcharse de mi lado unos cuantos días de cuando en cuando. Cada vez pensaba llamar a un detective para que los siguiera, pero... me parecía vergonzoso y humillante. Y de pronto, suceden las cosas de modo que Bárbara no tiene por qué sentirse avergonzada o humillada por llamar a un detective, ya que no va a encargarle que siga a su marido a ver qué hace, sino que lo busque porque ha desaparecido... No es lo mismo, ¿verdad?

—No, no es lo mismo. El hecho de contratar a un detective para que busque a una persona desaparecida no puede avergonzar a nadie.

—Pues así están las cosas, señor Wind. Y... ¿qué ocurre? Pues, que aparece usted y me enamoro de verdad. Fue... fulminante. Absolutamente fulminante. ¿No quiere creerme?

—Francamente, no sé. Lo que sí sé es que éste no es un momento óptimo para hablar de amor.

—¿Por qué no? Piense, señor Wind, que tal vez nunca volvamos a tener otros momentos..., ni buenos ni malos. Quizá estemos viviendo los últimos momentos de nuestra vida... ¿No se le ha ocurrido pensar eso?

Amos Wind miraba fijamente los azules ojos de la señora Copperland. De pronto casi sonrió, se inclinó, tomó el rostro de ella entre sus manos, y la besó suavemente en la boca. Deslizó la mano izquierda hacia la garganta femenina, que abarcó completamente, sintiendo el poderoso palpitar del cuerpo femenino. Ella volvió a deslizar brevemente su lengua, y él correspondió. El beso fue lento, largo, profundo..., hasta que ella apartó su boca y suspiró fuertemente. Amos se irguió.

—Está bien —susurró—, tal vez sea cierto que usted se ha enamorado de mí, pero... ¿no se le ocurre que yo podría estar simulando para ser el segundo marido de la millonaria Bárbara y hacerme rico?

—Oh, no —relucieron los ojos de ella—... ¡Sé que tú no eres de esa clase de hombres, Amos Wind!

—De acuerdo —gruñó él—. Pero dime por qué tendría yo que enamorarme de una inválida habiendo chicas sanísimas por ahí.

—Esa ya es otra cuestión —murmuró Bárbara.

—Pues piensa en ella. ¿Y qué tal si nos callamos un rato? Me está entrando dolor de cabeza, debido a los golpes. Si no te importa voy a relajarme un poco para aliviarme.

—Claro que no me importa.

En el cuarto que les servía de celda había un armario, una cama, tres sillas, un viejo sillón, una mesa escritorio... Amos se tendió en la cama, cerró los ojos, y aspiró hondo y despacio, primero con fuerza, y luego cada vez más suavemente, de modo que llegó el momento en que su respiración ni siquiera se oía. Era talmente como si estuviese muerto, como si hubiera dejado de respirar.

Pero Bárbara Copperland sabía que él no había muerto, sino que estaba relajando sus circuitos y sus centros nerviosos en busca de la paz, dejando como en suspenso sus fuerzas vitales. Igual que si sobre un mar agitado se fuesen ver tiendo grandes cantidades de aceite que iban calmando las aguas...

La señora Copperland hizo rodar silenciosamente su sillón hacia la cama, y una vez, junto a ésta tomó una mano de Amos Wind entre las suyas. Sintió el pulso lento, pausado, poderoso. La temperatura del detective era normal. Había en su rostro una gran placidez ahora. Se lo veía sereno, pese a la sangre seca adherida a su mejilla...

El recetario.

¿Habían matado a Craig Fosters por sus recetas de cocina con animales domésticos? ¿Por eso habían matado a un hombre, lo habían colgado de los pies en un árbol, le habían abierto el cuerpo en canal, vaciado su contenido, y le habían puesto un corazón de otro animal más pequeño en la boca...?

Reflexionando sobre esto, la señora Copperland casi se había quedado dormida, con la mano de Amos entre las suyas, cuando oyó abrirse la puerta de su celda.

CAPITULO V

No sólo oyó la puerta, sino que captó la diferencia de ambiente que hay entre un lugar pequeño cerrado y el mismo lugar cuando su ámbito se amplía. Volvió vivamente la cabe- za, vio al personaje, y la sorpresa la dejó como paralizada.

Luego, sin poder contenerse, la señora Copperland soltó una carcajada.

Fue la carcajada seguramente lo que despertó a Amos Wind, que se sentó en la cama con un solo gesto poderoso, fuerte, felino. Y ya sentándose también él vio en el umbral de la puerta al personaje que había arrancado la carcajada a la señora Copperland. Amos Wind fue más discreto: solamente sonrió de lado y como de mala gana.

Pero, realmente, el personaje resultaba... simpáticamente divertido, gracioso, rozando o quizá alcanzando lo ridículo. No debía medir más de metro sesenta, era gordísimo, real- mente esférico, y su cabeza parecía una bola colocada sobre otra bola. Sobre la cabeza, el clásico gorro alto de cocinero, acorde con su blanco atuendo asimismo de cocinero, mandil incluido. Sus manos eran pequeñas pero gorditas, y su cara parecía la de un bebé mimado y superalimentado; sus ojos eran pequeños y azules, parecían los de una ratita blanca. Su boca era diminuta, y tenía un gesto de goloso caprichoso.

El conjunto, simplemente, era de lo más divertido que pudiera esperarse.

Lo que no era nada divertido era la presencia detrás del insólito personaje de Wendell, Lindstrom y Oliver, éste con la cara hinchada y con varias gasas rodeando su boca.

—¿Se está divirtiendo, señora Copperland? —preguntó el gordísimo sujeto con voz aguda.

Bárbara Rosemore decidió que era mejor no contestar. En su lugar habló Amos Wind, todavía sentado en la cama.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó.

—Cookmaster.

—¿Qué?

—Cookmaster, el Maestro de Cocineros.

Amos Wind, cosa poco frecuente en él, estaba atónito. Y lo mismo le sucedía a Bárbara Rosemore. El primero movió la cabeza como quien se dispone a decir algo importante, pero todo lo que dijo fue:

—Ya.

—¿Qué quiere decir ese «ya», señor Wind?

—Quiere decir que es lógico que haya un cocinero en un asunto

en el que interviene un recetario.

—¿Qué recetario?

—El de Craig Fosters.

—Ah, sí... De modo que lo vieron ustedes.

—Naturalmente.

—Es usted un hombre muy eficaz, señor Wind. Lástima que está frente a mí, porque le aseguro que no son hombres eficaces lo que me sobra.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Una buena amistad y un buen matrimonio empiezan siempre con una mirada.

Bárbara tampoco pudo contenerse esta vez, soltando una carcajada. La azul mirada de

Cookmaster se posó amablemente sobre ella.

—Tampoco es frecuente encontrar mujeres de la... categoría de la señora Copperland. Hace falta un carácter muy especial para reír en su situación considerada bajo todos los puntos de vista: su marido ha desaparecido, ella está inválida, forzosamente tiene que haber comprendido que no lo va a pasar nada bien con nosotros..., y sin embargo, habla de amor y se ríe de otras personas.

—O sea, que nos han estado escuchando —masculló Wind.

—Simple curiosidad, nada más. Bueno, quizá más adelante decida iniciar negociaciones con usted, señor Wind. Ahora he venido a hablar con la señora Copperland..., si es que ella se considera capaz de sostener una conversación seria.

—Estoy segura de que sí —asintió Bárbara.

—Entonces hablemos en serio —en el infantil rostro de Cookmaster apareció de pronto una escalofriante expresión perversa—... Se lo diré rápido, bien y directamente: queremos el dinero de usted, de modo que vamos a pensar en el modo de obtenerlo.

¿Está dispuesta a facilitarnos ese pro pósito?

—No comprendo muy bien —parpadeó Bárbara—... ¿Cómo voy a darles mi dinero si estoy aquí encerrada?

—Precisamente se lo exigimos porque la tenemos encerrada. Hemos pensado que inicialmente podría extendernos algunos talones que iríamos cobrando, pero sabemos que acaba riamos por hacernos sospechosos y complicarnos la vida si seguíamos por ese camino. Su banco podría avisar a la Policía advirtiéndola de que se están presentando talones de usted por cantidades importantes..., mientras usted no aparece por parte alguna. No interesa hacerlo así, por lo tanto.

—¿Y cómo han pensado hacerlo?

—Vamos a formar una sociedad —sonrió aviesamente Cookmaster.

—Una sociedad —pareció no entender Bárbara.

—Sí: usted pondrá el dinero, y yo las ideas. Formalizaremos bajo la dirección y firma de un notario los documentos que haga falta para que quede constituida una sociedad entre nosotros, y así yo podré ir disponiendo de su dinero sin que nadie se sorprenda. Por supuesto que avisaremos a su banco de la constitución de tal sociedad.

—Por supuesto —dijo Bárbara—, ¿Y cómo se llamaría esa sociedad?

—¿Qué le parece «Cookmaster & Rosemore»?

—Suena bien —admitió Bárbara—... ¿Y a qué nos dedicaríamos?

—¡Eso ni se pregunta...! ¡Al Recetario, naturalmente! Tengo en preparación el recetario más... interesante de toda la historia del mundo desde que el comer se hizo un arte. Pero bueno, todo eso es un poco largo de contar, de modo que más adelante la iré poniendo al corriente. Ahora lo que me gustaría es saber si usted está dispuesta a aceptar o no.

—¿Tengo opción a negarme?

—Yo diría que no —sonrió Cookmaster.

—En ese caso, acepto.

—Es usted muy... adaptable e inteligente, señora Copperland. A propósito, hemos entendido que no ama usted realmente a su marido.

—Así es. Sería una tontería negarlo si me han estado escuchando. Ya sé que no queda muy bien, pero Winston y yo no...

—Vamos, vamos, no tiene usted que pedir disculpas por no amar a su marido. A fin de cuentas, él no se lo merece.

—¿No? ¿Por qué dice eso?

—Porque él tampoco la ama a usted. Mire, la verdad es que todas las veces que decía marcharse a trabajar con Fosters se reunía con una jovencita preciosa... Oh, sí, hacía su trabajo periodístico, pero tomándolo con calma y placer. Por ejemplo, él y Fosters se iban a las Bermudas a hacer un reportaje: pues allá se iba también con ellos Cindy Carwell...
¿Sabe usted quién es Cindy Carwell?

—Supongo que la jovencita preciosa... amante de mi marido.

—¡Exactamente! Sí, se iban los tres, su marido pagaba, y mientras Fosters se divertía por su lado él se dedicaba a matarse haciendo el amor a todo tren con Cindy, bien instala dos en una hermosa suite, o en un bungalow, o en un precioso apartamento junto al mar... Y todo eso... ¿sabe quién lo estaba pagando?

—¿Yo? —susurró Bárbara.

—¿Quién si no? —sonrió el Maestro de Cocineros—. La verdad de las verdades, señora Copperland, es que su marido la ha estado escarneciendo Pero eso no es todo: adivine qué pretendía hacer el señor Copperland con usted dentro de muy poco, cuando lo tuviera bien planeado. Adivine, adivine.

—¿Asesinarme? —susurró la inválida.

—¡Exactamente! Caramba, señora, no se puede decir que sea usted tonta. . Sí, quería asesinarla, y eso es lo que estaba planeando con Cindy, organizando su coartada. Y nada me nos que pretendía involucrar al pobre tonto de Fosters en esa coartada, sin que Fosters lo supiera...

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Amos.

—Porque me lo ha dicho el señor Copperland, natural mente. Oh, y ya que estamos hablando tanto del señor Copperland: ¿no querría usted verlo, señora?

—Sí. Me gustaría verlo —asintió Bárbara.

—Voy a tener el gusto de complacerla. La llevaré adonde está su marido, para que pueda verlo. El señor Wind se quedará aquí, en compañía de mis empleados. A él no le interesa el señor Copperland.

—Sí —dijo con voz silbante Oliver—, el señor Wind se quedará aquí esperándola..., y para que no se aburra nosotros le haremos compañía.

Bárbara miró uno a uno a los tres sujetos, y finalmente al orondo Cookmaster.

—Quisiera dejar bien clara una cosa, señor Cookmaster: no firmaré nada que nos asocie a usted y a mí si algo le ocurre a

Amos.

—¿Qué habría de ocurrirle? —se sorprendió Cookmaster—. Mis empleados se quedan aquí sólo para prevenir que el señor Wind no haga alguna de las suyas, pues tengo entendido que tiene muy mal carácter. No pasará nada, señora.

—Se lo advierto —insistió Bárbara—: olvídese de asociarse conmigo si sus empleados maltratan a Amos.

—Tranquilícese, por favor. Y sea tan amable de acompañarme... Tengo en preparación algunas recetas, y no puedo faltar en la cocina demasiado tiempo. Muchachos, no perdáis de vista al señor Wind.

—Puede estar seguro de eso —gruñó Oliver.

Lindstrom abrió de nuevo la puerta y se apartó. Bárbara hizo rodar el cochecito hacia allí, pero Cookmaster se colocó detrás, y lo empujó, aliviándola del esfuerzo o de poner en marcha el motorcito. Lindstrom cerró la puerta cuando los dos hubieron salido, y miró sonriente a Amos, que continuaba sentado en la cama.

—Hay que ver —dijo—: ¡Un detective de tres al cuarto enamorando a una inválida millonaria! ¿No os parece cosa de película?

—Sí —dijo Oliver, sacando un puño de hierro con agudas puntas en los nudillos y colocándoselo en su mano derecha—, hay cosas que sólo pueden pasar en las películas...
¿Verdad, amigo?

Amos Wind miró los crueles ojos relucientes de odio de Oliver, miró el puño de hierro ya colocado en el puño del matón, y dijo:

—Usted y yo no somos amigos.

—Me alegra oír eso —aseguró sonriente Oliver, acercándose a la cama lentamente blandiendo el puño—, porque hay cosas que no se le hacen a un amigo...

—La señora Copperland se enfadará con nosotros —dijo Wendell, colocándose otro puño de hierro.

—La señora Copperland —dijo Lindstrom, sacando una porra—, ya tendrá bastante con cuidarse de sí misma..., si es que puede...

*

*

*

—Tenemos dos pisos —decía Cookmaster, empujando el carrito de la señora Copperland—. En el de arriba, que es un primer sótano, están las cocinas y los servicios relacionados con ellas. Aquí abajo tenemos otros servicios y dependencias menos comprometidas, prácticamente todo son dormitorios, algunos de los cuales, como ya ha comprobado, utilizamos eventualmente como celdas...

—¿Mi marido está en una de esas celdas, aquí abajo?

—Ah, no. Está arriba. Es que le hemos encontrado una utilidad al señor Copperland,
¿comprende?

Se detuvieron delante del montacargas, cuya puerta abrió Cookmaster. En un momento estuvieron en el piso de arriba, es decir, en el primer sótano. Bárbara se preguntó qué había encima de ellos, es decir, a nivel de superficie. Evidentemente, las cocinas de Cookmaster debían estar muy bien escondidas y camufladas, porque el olor a comidas era algo que debía extenderse en una

buena distancia a la redonda, de modo que...

—¿Le gustaría ver las cocinas? —propuso el Maestro de Cocineros—. Estamos delante mismo, y no creo que tenga demasiada prisa en ver a su marido.

—¿Qué es lo que verdaderamente están haciendo ustedes con todo esto? —murmuró Bárbara—. ¿Qué están tramando con este asunto del Recetario?

—Tal vez se lo explique cuando tengamos un momento.

Estaban viendo ya algunos hombres que iban de un lado a otro del pasillo, abriendo y cerrando puertas, algunas de las cuales era fácil comprender que correspondían a cámaras frigoríficas. Todos vestían como Cookmaster, de cocinero, sólo que ninguno llevaba el gorro tan alto, tan pomposo, como el Maestro. Y por supuesto, ninguno era tan

gordo. Empujaban cestas de un lado a otro, todas ellas conteniendo grandes trozos de carne que Bárbara no podía ver bien al no alcanzar el borde de las cestas debido a ir sentada.

Cookmaster desvió de pronto la marcha del sillón, y con el apoyapiés de éste empujó la gran doble puerta batiente que había quedado frente a Bárbara Rosemore. Las puertas cedieron, y, de pronto, apareció ante los azules ojos de Bárbara la enorme cocina, en la que trabajaban no menos de veinte personas en aquel momento. Había enormes marmitas, grandes mesas de mármol, máquinas eléctricas para cortar huesos, fogones formidables, grandes pilas de cacerolas, raíles de techo transportando cestas y cubetas con sus ganchos que se deslizaban por las guías de un lado a otro...

Bárbara Rosemore decidió prestar más atención a las personas que a las cosas. Y no le gustó lo que vio, no le gustó ni una sola de las caras que vio. Eran todas... siniestras, malvadas, crueles. La única cara que se podía contemplar allí sin estremecerse era la de Cookmaster..., siempre y cuan do la mantuviera en su expresión amable, fuese ésta sincera o no. Era como sentirse acorralado por seres retorcidos y perversos..., algunos de los cuales dirigían miradas de reojo a Bárbara, la cual sintió cómo toda su piel se estremecía y su vello se ponía de punta...

Se dio cuenta de pronto de que Cookmaster se había detenido y estaba escuchando a un hombre que le susurraba al oído. Cookmaster, asintió, y mientras el hombre se alejaba él se inclinó amablemente hacia la inválida.

—Me dicen que debemos apresurarnos si queremos ver al señor Copperland antes de ser envasado. Ya volveremos luego a las cocinas.

Dio la vuelta al cochecito, y sacó de la cocina a Bárbara. Esta se sentía como alucinada.

¿Envasado? ¿Se había referido a Winston Copperland al decir «envasado»? Ella debía haber entendido mal, naturalmente.

Un cocinero auxiliar había abierto una puerta, y el frío que salió por ella hizo comprender a Bárbara que se hallaba ante una cámara frigorífica. Cookmaster empujó de nuevo el carrito, entraron en la cámara..., y lo primero que vio la señora Copperland fue a Winston Copperland.

¿O no era Winston Copperland?

Oh, sí, Dios, ¡sí que era Winston Copperland...!

Estaba completamente desnudo, colgado de un gancho por el tendón de un tobillo, y pendía, como Fosters en el árbol, cabeza abajo. Se le veía bien el rostro lívido, como de goma lavada. Lo habían abierto en canal, vaciándolo de vísceras.

La señora Copperland comenzó a tener la sensación de que su mente se había convertido en corcho. Oía las palabras de Cookmaster tras ella, pero no conseguía reaccionar.

—Está listo para ser cocinado y, posteriormente, envasado, en el Departamento de Conservas. La verdad es que no confío demasiado en ese departamento, pero hay que intentarlo. En mi opinión las viandas deben ser frescas, es decir, no del momento, o sea, no recién sacrificadas, pero sí recientes; como máximo, tres días. En tres días la carne sacrificada se posa, queda más tierna. La conservada por fuerza debe llevar aditamentos que desvirtúan su auténtico sabor, y por supuesto artificios conservantes. Nada como la carne fresca. ¿No está de acuerdo, señora Copperland?

Esta consiguió desviar la mirada del cadáver destripado de Winston Copperland, y entonces vio a los otros. Pendían igualmente de ganchos, todos dentro del frigorífico. Quizá había una docena más, destacando los cuerpos de dos mujeres. Todos tenían un tono lívido, como levemente azulado; todos colgaban de un gancho. El frío allí dentro era muy intenso, pero Bárbara todavía lo sintió más cruel debido a la impresión de lo que estaba viendo.

Ella no conseguía reaccionar, pero Cookmaster seguía hablando, muy locuaz, muy amable:

—Espero que habrá usted comprendido ya que lo que el señor Wind encontró en el apartamento de Craig Fosters fue un arreglo de mis hombres. El cerdo de Fosters se disponía a traicionarme... ¿No le dijo nada de esto a usted su marido antes de marcharse de casa?

Bárbara consiguió por fin mover la cabeza, y al mismo tiempo cerró los ojos.

—Realmente, las relaciones entre Fosters y el señor Copperland eran interesantes para ambos, pero Fosters perdió la cabeza, quiso ganar demasiado. Era cierto que él le buscaba a su marido algunas noticias interesantes, y que luego se iba con él y Cindy o bien regresaba aquí. Si Fosters se hubiera conformado con eso todavía estaría vivo. Pero, decidió ofrecerle a su marido una auténtica noticia sensacional, y le habló del Recetario. Supongo que pretendería pedirle una cantidad muy importante, con la cual quizá Fosters se habría separado de mí... Sí, debía ser eso, porque últimamente no lo veía muy satisfecho ni convencido de su trabajo. Tal vez le repugnaba, finalmente, ver tanto cadáver humano. ¿Me va siguiendo, señora?

Bárbara volvió la cabeza, y sus grandes ojos miraron a Cookmaster vacíos de toda expresión.

—Por favor, salgamos de aquí —pidió.

—Sí. es verdad, hace un poco de frío. En las cocinas estaremos mejor y podré...

—¡No! No quiero ir a sus cocinas... ¡No quiero ver nada más de todo esto! ¡ Es horrible!

—No sea exagerada... Pero no deseo forzarla, de modo que buscaremos un lugar que la... excite menos. Estaremos bien en mi despensa-despacho. Mucho mejor que en la habitación donde dejamos al señor Wind.

* * *

El señor Wind, simplemente, en aquel momento acababa de partirle el cuello al señor Oliver.

Las cosas habían estado sucediendo, dentro de la habitación

celda, de la siguiente manera:

—En cuanto a ti —había dicho Oliver, mientras se acercaba más y más a Amos Wind—

, te vamos a dejar los genitales que no servirán ni para picadillo. Aunque apuesto a que en estos momentos los tienes así de pequeños... ¿A qué sí?

Le disparó el primer puñetazo cuando parecía que Amos Wind estaba paralizado por el miedo, que no podría moverse. Pero sí se movió. ¡Vaya si se movió! Se desplazó veloz mente hacia el otro lado de la cama, y, al mismo tiempo, girando, asía el puño de Oliver,

tirando de él de modo que éste cayó de bruces cruzado sobre la cama. Un puñetazo aplicado como un martillazo en lo alto de su cabeza dejó a Oliver semiaturdido, y eso con no poca suerte, pues de haberle alcanzado el puño donde Amos se había propuesto habría muerto en el acto.

Y mientras Oliver gruñía y sacudía torpemente la cabeza, Amos Wind había corrido hacia los pies de la cama, es decir, haciendo lo contrario de lo que esperaban los sobresaltados Lindstrom y Wendell, que habían calculado que se arrinconaría intentando escapar del castigo que pensaban infligirle... Y al hacer lo contrario de lo que ellos esperaban, los sorprendió de lleno.

Lindstrom no tuvo tiempo de nada: recibió en la zona genital un puntapié sencillamente espantoso, puso los ojos en blanco, palideció, murió de súbito paro cardíaco, y luego, lentamente, comenzó a caer hacia delante, encogido, como enroscándose en sí mismo.

Wendell lanzó un grito, dio la vuelta, y corrió hacia la puerta, presa del pánico al hallarse a solas frente a Amos Wind, cuya expresión no era precisamente amistosa o tan siquiera indiferente en aquel momento. Pero de repente Wendell recordó que él tenía una pistola, y que, aunque las órdenes de Cookmaster habían sido que Wind no debía morir, bien podía pararlo con un par de balazos en las-piernas. De modo que se detuvo, dio la vuelta, y metió la mano derecha bajo la axila, en busca del arma...

Es decir, lo intentó, pues las púas del puño de hierro se engancharon en la ropa de la chaqueta, y los dedos no tenían ni mucho menos la libertad y agilidad de movimientos que convenían para manejar el arma.

Cuando todavía ni siquiera había comenzado a pensar en una solución, Wendell se encontró a Amos Wind delante de él. Chilló como una rata, dio un tirón terminando de sacar la pistola..., y recibió en la boca del estómago un puñetazo que casi lo mató. Fue algo horroroso para Wendell Tuy: tuvo la sensación de que dentro de su cuerpo había estallado un barreno, de que todo él se partía en diminutos pedazos cada uno de los cuales parecía querer sentir más dolor que el otro; sintió náuseas, zumbidos en la cabeza, un retumbar en todo el cuerpo... Cuando recibió el segundo puñetazo, en la barbilla, fue en realidad un alivio, pues perdió el conocimiento. No se enteró de nada: ni de que el puñetazo le había partido la mandíbula, ni de que su cabeza golpeó con tremen da fuerza contra la puerta, ni de que se partió la nariz y varios dientes al caer de bruces al suelo.. De nada.

El que sí se estaba enterando de nuevo de las cosas era Oliver, que tras la última sacudida de cabeza consiguió centrar la mirada y

enfocarla hacia Amos Wind. Lanzó una exclamación de odio, se puso en pie junto a la cama, y jadeó:

—Hijo de...

Dio un paso hacia Amos Wind, se detuvo, sacudió rabiosamente de su mano el guante de hierro, y sacó la pistola..., justo en el momento en que el salto de Wind lo llevaba a chocar contra él. La mano izquierda de Amos asió la muñeca armada de Oliver mientras ambos rodaban por el suelo, Oliver jadeando y maldiciendo, Amos silencioso. Hubo un breve y feroz forcejeo por la posesión de la pistola, en el que de momento salió vencedor Oliver, que liberó su muñeca con su fuerza de gorila, gritó con tono triunfal, y recibió un puñetazo en plena boca que acabó de inutilizársela y arrancó las gasas y esparadrapos...

En un instante de última lucidez, Oliver comprendió que nunca iba a poder vencer a Amos Wind a pesar de ser físicamente más fuerte que él. De modo que, todavía vibrando su cuerpo por el terrible dolor, puso en práctica la idea que relampagueó en su mente: giró debajo del cuerpo de Wind, al tiempo que recogía la pistola bajo su vientre para que no se la pudiese quitar, y se dispuso a realizar el último esfuerzo, aprovechando que Wind estaba ahora sobre su espalda. Sólo tenía que arquearse con fuerza, lanzando así al detective por encima de él, y en seguida erguirse, apuntarle y dispararle...

Justo cuando estaba Oliver pensando esto, Amos Wind lo asía por la barbilla con una mano, por la coronilla con la otra, y hacía girar hacia el hombro derecho de Oliver la cabeza de éste.

Se oyó el crujido, el cuello se rompió, y Oliver se relajó, muerto en el acto.

CAPITULO VI

Cookmaster empujó la puerta blindada, regresó detrás del sillón de Bárbara Rosemore, y lo empujó. Tras entrar ambos cerró la puerta tras ellos, y fue a sentarse en el sillón que había adosado a la mesa de su despensa-despacho.

Todavía muy cerca de la puerta, Bárbara contemplaba estupefacta el lugar.

—Como le estaba diciendo —habló socarronamente Cookmaster, cabe admitir que finalmente a Fosters le repugnase ver tanto cadáver humano y decidiese abandonar el asunto. El sabía que yo no lo dejaría marchar, así que pensó que si disponía de una buena cantidad podría escapar de mí y esconderse. De modo que optó por decirle a su marido lo del Recetario, pidiéndole a cambio una muy buena cantidad. Su marido, simplemente, acudió a la cita. Lo que no sabían ni uno ni otro era que yo ya no confiaba en Fosters, y que mis otros empleados lo estaban vigilando. Así que en cuanto éstos supieron que Fosters y Copperland estaban tramando algo, intervinieron. Naturalmente, Fosters y Copperland venían hacia aquí, de modo que les salieron al paso, y, siguiendo mis instrucciones, le dieron una buena lección a Fosters... Ya ustedes vieron a Fosters, ¿no?

Bárbara miró a Cookmaster, y asintió. Luego continuó mirando alrededor, aunque prestando buena atención a las palabras del Maestro de Cocineros:

—Precisamente temiendo que su marido le hubiera hablado a usted del Recetario, o que usted hubiera oído algo, mis empleados fueron al apartamento de Fosters. y montaron toda aquella farsa con unos cuantos animales. Yo sabía que tarde o temprano usted llamaría a la Policía y que localizarían el domicilio de Fosters en Cleveland, adonde iba cuando hacía sus escapadas. Así que les monté aquel falso recetario. Mientras tanto, digamos que... eliminábamos la posibilidad de que Fosters volviera a traicionarnos, y nos quedábamos con su marido, que no cesaba de gritar que tenia muchísimo dinero y que podía comprar su vida. Esto me hizo gracia, hasta que me enteré de que el dinero no era de él, sino de su esposa, que quizá no quisiera pagar. Entonces dijo que él iba a heredar muy pronto, y que me pagaría. Finalmente, me confesó que él y su amante tenían ya casi completo el plan para asesinarla a usted... ¡A propósito, no le he mostrado a usted a la bellísima Cindy, ¿verdad? —exclamó, dándose una palmada en la frente.

—No —susurró Bárbara.

—Lástima... Pero bueno, estaba muy cerca del señor Copperland, así que quizá la haya visto usted... Una rubia preciosa. Mis

empleados gozaron mucho con ella antes de meterla en el matadero. ¿Sabía usted que mis empleados son los que me abastecen de materia prima? Me refiero a Oliver, Lindstrom y Wendell. Ellos son los que van por ahí en busca de personas a las que... hacer desaparecer para traérmelas aquí. Tengo el frigorífico bien repleto gracias a ellos. Fosters también lo había estado haciendo, pero no sé qué le pasó... Sí, remordimientos de conciencia, tal vez. La noto distraída, señora Copperland.

—No... No, no. Siga, por favor.

—De acuerdo. Bueno, cuando el señor Wind llamó al balneario preguntando por Fosters comprendimos que iban a venir, de modo que nos alegramos de haber montado la farsa en el apartamento de Fosters y el falso recetario sobre animalitos. A fin de cuentas, ya lo teníamos todo previsto y preparado..., incluida la nota amenazando a Fosters. Así, cuando lo encontrasen muerto y destripado, después de haber visto lo que

aparentemente hacía él con aquellos simpáticos animalitos en su apartamento, pensarían en una represalia, o en lo que quisieran..., menos en que había otro receta rio, un verdadero Recetario, al cual se había referido real mente Fosters cuando se puso en contacto la última vez con su marido. La Policía tenía que atar esos cabos, convencerse de que era un caso en verdad extraordinario, y dar el asunto por terminado. Pero quedaba usted. ¿Qué iba a hacer usted? Porque, claro, no iba a dejar de buscar a su marido, ya que todavía no sabía qué clase de pájaro era... ¿Y qué ha hecho usted, señora Copperland? Pues, una tontería: en lugar de avisar a la Policía y dejar el caso en sus manos nada menos que se le ocurre contratar a un detective privado para buscar particularmente a su marido. Yo se lo agradezco, pero usted ha sido muy torpe.

—No tanto —murmuró Bárbara—... Me he enterado de la verdad sobre mi marido, y, a fin de cuentas, entiendo que lo peor que puede sucederme es asociarme a usted. Pero...
¿asociarme a qué? Porque lo que estoy viendo ahora no me parece... relacionado con actividades gastronómicas, francamente.

—¡Qué ocurrente es usted! —exclamó Cookmaster, riendo—. Veamos, veamos: ¿qué le sugiere a usted lo que está viendo?

Bárbara Rosemore volvió a mirar a su alrededor, sin prisas. Ciertamente era el despacho más insólito que jamás había visto. La mezcla era extraordinaria. Había anaqueles con libros, pero también con latas de conservas, con embutidos, con cestos conteniendo productos que no podía ver... Era como una gran despensa, en efecto, pero, al mismo tiempo, con un gran despacho, en una de cuyas paredes había una gran consola con más de veinte pequeñas cámaras de televisión y gran cantidad de mandos de lo más sofisticado. En otra pared había varios mapamundis grandes, a todo color, señalados con grandes botones autoadhesivos de diferentes colores y gran cantidad de gráficos de lo más diverso. Del techo pendían embutidos y frutos secos, pero también pequeños globos terráqueos relucientes, de varios colores. Era como contemplar una decoración absolutamente desquiciada.

—¿Qué le sugiere, señora Copperland? —insistió Cookmaster.

—No sé, pero... parece que usted... tenga algunos planes que no están relacionados precisamente con la cocina...

—¡Se equivoca! Todos mis planes están relacionados con la cocina. O, por mejor decir, con la comida... de la humanidad.

—¿Qué?

—La comida de la humanidad, señora Copperland.

—No comprendo.

—En realidad yo no soy cocinero, sino químico, y recibí por parte de unos caballeros la propuesta de hallar una solución a las

dificultades que en breve van a presentarse en el mundo en cuestión alimenticia. Digamos que partiendo del plan base de ellos fuimos... hilvanando un plan definitivo que les resultó sumamente atractivo.

—¿Qué plan?

Cookmaster sonrió siniestramente.

—Hay un grupo de personas, señora Copperland, a las que comienza a fastidiarles que haya tanta gente en el mundo, de modo que decidieron... cortar por lo sano, y dejar vivos en el planeta sólo mil millones de seres. Ahora, quedaba la cuestión de cómo eliminar a

los restantes. ¿Provocando un holocausto nuclear? No, porque era demasiado arriesgado incluso para ellos, y porque el planeta quedaría inservible años y años y años... No, no. Pero había que eliminar tantísima gente que para nada sirve, que nada produce, que tanto estorba. Y entonces, recurrieron a mí. Les dije que dispongo de ciertas fórmulas de virus que en quince días pueden aniquilar casi toda la población del mundo, pero que, claro está, yo no dispongo de medios para... distribuirlas. Ellos sí disponen de esos medios, y estaban dispuestos a hacerlo, pero había algo que no les gustaba: al mismo tiempo que la vida animal, perecería también la vida vegetal en su mayor parte, lo que les dejaría a todos desabastecidos de alimentos. Ningún problema, les dije, porque en muy poco tiempo la vida vegetal se habrá regenerado, y volverá a haber de todo, en gran abundancia. Esto les gustó y no les gustó... ¿Fuma usted?

—Sí.

Bárbara hizo rodar el sillón hasta la mesa de Cookmaster y tomó el cigarrillo que éste le tendía. Ya fumando ambos, Cookmaster recuperó el hilo de la explicación.

—Les gustó y no les gustó, decía. Les gustó porque a ellos les gusta la vida vegetal, y no les gustó porque eso significaría que la vida humana también volvería muy pronto a multiplicarse..., con lo que en unos pocos siglos volveríamos a estar en las mismas, y los descendientes de mis contratistas se verían también en la necesidad de eliminar unos cuantos miles de millones de personas para poder disponer más a sus anchas del planeta. Es decir, que la solución parecía que servía solamente para un corto tiempo: dos, tres, cuatro siglos tal vez... Entonces, yo dije que no sería así, porque había encontrado el sistema de que la población humana del planeta se mantuviera siempre en los límites que ellos quisieran. ¿Querían que sólo hubiesen en el mundo mil millones de personas? Pues
¡mil millones nada más habría! ¿Cómo? Pues, simplemente, recurriendo a un proceso ecológico muy natural, al igual que hacen los animales. ¿Se imagina usted, por ejemplo, cuántos mosquitos habría si no hubiera golondrinas para comérselos a cientos diariamente? ¿Y peces? ¡Cielos, ya no cabrían en los mares si no se devorasen entre ellos y nosotros mismos no los hubiéramos tomado como fuente alimentaría...! ¿Me comprende, señora Copperland?

—No... Es decir, sí —Bárbara se pasó una mano por la frente—... ¡Le estoy comprendiendo, pero no., no puede ser cierto lo que comprendo!

—¿Por qué no? ¿Por qué en el Reino Animal unos seres se han

de devorar unos a otros para sobrevivir..., y el hombre no puede hacer lo propio?

—¡Ya tiene otras cosas que comer!

—Cierto, y por eso somos tantos en la Tierra. Así que... propuse mi plan ecológico, que fue aceptado inmediatamente.

—¿Propuso usted... que los seres humanos se dediquen... a devorarse unos a otros?

—Convenientemente... cocinados, eso sí. De modo que en cuanto yo tenga preparado mi Recetario cuente usted con que la Humanidad sufrirá una... merma considerable de efectivos. Primero, el virus aniquilador. Luego, la regeneración del planeta. Y mientras tanto, a fin de que en lo sucesivo mis clientes o sus descendientes no vuelvan a tener problemas por exceso de compañía, que lógicamente es a la vez una masa consumidora de alimentos, vamos a enseñar a esa masa humana a subsistir por sí misma y consigo misma. Y claro está, señora Copperland, en estas circunstancias, ¡bien había que

prepararles a los seres humanos un sugestivo recetario!

—Dios bendito... ¿Y usted está ahora... haciendo... prácticas? ¿Es decir, matando gente para... cocinarla... de diversos modos y componer así... un Recetario que será la guía alimentaria de la futura humanidad?

—Efectivamente, señora Copperland. ¿No es magnífico?

La señora Copperland contemplaba aterrada, incrédula y estupefacta al fantástico personaje que tenía delante, y que parecía inmensamente satisfecho de sí mismo por lo que es taba planeando para la humanidad.

—¿Y quiénes le encargaron a usted todo esto. Cookmaster? —

inquirió.

—Oh, gente importante... que supo apreciar mi valía como químico y como hombre de ingenio especial, capaz de resolver cualquier problema. ¡No me dirá usted que no es un grave problema el de los alimentos!

—Lo es, sin la menor duda. Pero creo que hay mejores modos de resolverlo que el suyo. Por ejemplo, y aunque le parezca una vulgaridad, invertir el dinero que se gasta en armamento en ampliar las áreas agrícolas del mundo, en multiplicar las zonas de cultivo. Eso es algo que hasta un niño sabe hacer, así que imagínese las maravillas que podrían hacer en el planeta Tierra unos cuantos expertos agrícolas si les dijesen que no reparasen en gastos, igual que se hace con la fabricación de armamentos: empezando por el desierto de Arizona y terminando por el de Gobi, pasando nada menos que por el grandioso y fantástico continente sudamericano, todo el planeta podría quedar convertido en un vergel. Es una simple cuestión de aprovechamientos de las aguas que caen del buen cielo y las que tienen en su vientre la siempre generosa Madre Tierra.

—Al parecer tiene usted buenas ideas, señora Copperland.

—Vulgares. Ni siquiera ha hecho falta mi invalidez y disponer de mucho tiempo para pensar para llegar a estas conclusiones. Además, algo parecido ya lo dijeron los rusos hace muchos años, si el anecdotario mundial no falla.

—¿Qué dijeron los rusos?

—Creo que sus posibilidades económicas no eran excesivas, y hubo que plantear el problema, que era de simple elección: o fabricaban cañones o mantequilla. Y eligieron los ca ñones. Igual que los americanos, claro, no vamos a engañarnos. Por ejemplo, supongo que las personas que le han encargado el Recetario son americanos.

—Oh, hay de todo... Pero evidentemente no tienen sus sentimientos humanitarios, pues ya están hartos de compartir el

planeta con tanta gente, de modo que todo eso de los cañones y la mantequilla les tiene sin cuidado..., sin contar con que muchos de ellos, precisamente, son fabricantes de armas... Ya no quieren más arreglos románticos, créame, señora Copperland. Ni quieren tampoco esa tontería del control de natalidad voluntario, la esterilización de unos cuantos millones de pobres diablos... Nada de eso. Lo que quieren ahora es que desaparezcan cinco mil millones de seres del planeta, para disfrutarlo ellos a sus anchas. Y como temen que, tarde o temprano, el persistente ser humano vuelva a multiplicarse, pondrán en marcha lo del Recetario, no le quepa duda. De cuando en cuando vienen a echar un vistazo, a preguntarme cómo van las cosas y a descansar aquí un par de días. Se van turnando en las visitas.

—O sea, que siempre hay en el balneario algunos caballeros de esos tan... expeditivos con la población mundial.

—Sí, tengo de visita a... ¡Un momento! ¿Por qué ha mencionado usted el balneario?
¡Estamos muy lejos del balneario!
—¿Sí? Bueno, es que como Amos me dijo que no...
—Estoy harto de ese detective —gruñó Cookmaster—... Y en cambio usted cada vez me gusta más. De modo que haré algo que le parecerá normal: ordenaré que lo maten a él y a usted la poseeré. ¿Qué le parece?
—Me parece muy normal... en un ser malvado como usted, claro.
—¡Ji, ji! —rió Cookmaster sorpresivamente—, ¡Es cierto, soy malvado, ji, ji, ji! De modo que vamos a encargarnos de Amos Wind, y cuando él ya sea cadáver la tendré a usted aquí mismo. Pero veamos primero la tremenda paliza que le han dado mis empleados...
Cookmaster se puso en pie, y pareció rodar hacia la gran consola donde se hallaban instalados no menos de veinte pequeños receptores de televisión; Bárbara Copperland desplazó por sí misma el cochecito hasta allí. Cookmaster pulsó una serie de teclas, y las pantallas comenzaron a iluminarse.
—Podemos ver los puntos claves de mi guarida, empezando por los caminos que llegan hasta aquí, y la carretera, naturalmente. Podemos ver la zona de la piscina, la parte de atrás del edificio, el vestíbulo del balneario, la mayor parte de los jardines mediante cámaras móviles, los sótanos, las cocinas, los frigoríficos... Dispongo de canales suficientes para tenerlo todo perfectamente controlado. Sólo tengo que sentarme aquí, pulsar la tecla adecuada, y sé dónde está cada cual y qué está haciendo.
—¿Dónde están sus amigos y qué están haciendo? —preguntó Bárbara.
Cookmaster, que se había sentado en un amplio sillón rodante ante la consola, apretó dos teclas, numeradas con el doce y el catorce respectivamente, y dos pantallas que hasta entonces habían permanecido apagadas se encendieron. Inmediatamente Cookmaster soltó una risita de conejo, pues en la pantalla de la derecha apareció un hombre en un gran lecho con tres chicas, todas ellas rubias, desnudos los cuatro y dedicados a una auténtica orgía sexual. En la pantalla de la izquierda las cosas sucedían con más normalidad: los dos hombres compartían el lecho con sólo dos chicas, intercambiando caricias entre los cuatro.
—Siempre lo mismo —dijo Cookmaster
—... Me divierto mucho con ellos.
Especialmente con los homosexuales.
—¿Esos tres hombres pertenecen a esa... agrupación para la que está usted preparando el Recetario?

—En efecto...

—Cuénteme más cosas de ellos.

—Pues le diré que... —de pronto Cookmaster, calló, parpadeó como lo haría un cerdito, ladeó la cabeza, y estuvo estudiando con evidente interés el rostro de la señora Copperland—. ¡No le diré nada más! ¿Cree que no me he dado cuenta de sus intenciones? ¡Usted quiere distraerme, para que me olvide de mis intenciones de desembarazarme de ese detective! Pues ¡no va a conseguirlo, estúpida! Me gusta usted mucho, pero no me gusta que quiera ser más inteligente que yo... ¡Voy a ordenar que maten a Amos Wind, y que lo lleven a una cámara frigorífica! ¡Y mientras tanto, la poseeré a usted! ¡Va a ser una fascinante combinación perfecta la nuestra: usted tan bella, sometida a mis deseos, a mi inteligencia y a mi vigor sexual, que le resultará muy

satisfactorio... ¡Y Amos Wind colgado de un gancho esperando ser cocinado! ¡Voy a dar la orden de que lo maten ya!

Y Cookmaster apretó la tecla que encendía la pantalla, donde se recogían las imágenes del cuarto donde había dejado a Amos Wind en manos de sus sádicos empleados...

CAPITULO VII

La pantalla se iluminó..., y Cookmaster quedó paralizado por el pasmo al ver a sus tres hombres caídos y comprobar la ausencia de Amos Wind en el cuarto.

—Pero ¡qué demonios...! —jadeó.

— Parece que Amos se le ha escapado —dijo Bárbara—. Tal vez haya llegado arriba, al balneario.

—¡Nadie puede escapar de aquí si yo no quiero! Dispongo de todos los mandos de entrada y salida, así que si no los desbloqueo nadie puede entrar ni salir. Salvo yo, naturalmente. ¡Maldito sea ese detective...! ¿Dónde puede estar ahora?

Comenzó a pulsar teclas disponiendo de diversos canales, hasta que de pronto apareció Amos Wind, caminando por un pasillo. Sostenía una pistola con la mano derecha, y llevaba otras dos metidas en el cinturón.

—¡Está aquí mismo! —respingó con fuerte sobresalto Cookmaster—. ¡Y tiene las pistolas de esos tres inútiles! ¡Voy a dar la alarma general para que todos salgan a cazarlo como a un perro rabioso...!

Cookmaster podía haber imaginado cualquier cosa menos la que ocurrió: Bárbara Rosemore puso de pronto en marcha el motorcito de su silla rodante, y la lanzó contra su amplio sillón especial. El apoyapiés de Bárbara dio con fuerza en las piernas de Cookmaster, que lanzó un berrido y se llevó las manos al lugar golpeado, mientras sus porcinos ojos giraban enloquecidos de furia... Bárbara hizo retroceder su cochecito, y de nuevo lo lanzó contra el Maestro de Cocineros, que se había puesto en pie y parecía dispuesto a cargar contra ella.

De nuevo el apoyapiés impactó en las espinillas de Cookmaster, que gritó todavía más, se tambaleó, y cayó sentado sobre sus enormes nalgas, para acto seguido realmente rodar como una pelota. Con los ojos muy abiertos, Bárbara lo vio rodar y hacer vanos esfuerzos por ponerse en pie... Era un espectáculo increíble, absolutamente alucinante, ver aquella bola de carne y grasa intentando recuperar la vertical sin conseguirlo.

Bárbara no se complicó más la vida: dirigió el cochecito hacia la puerta, llegó allá, la abrió, y salió al pasillo, gritando:

—¡Amos! ¡Amos, aquí...! ¡Amos!

Oyó rápidas pisadas tras ella, se volvió, y por la esquina del pasillo vio aparecer a Amos Wind, corriendo, pistola en mano y con los ojos dilatados por la alarma. Al verla a ella lanzó una exclamación, y casi llegó patinando a su lado al detener su veloz marcha.

Justo en ese momento, por el otro extremo del pasillo, aparecían dos hombres doblando el recodo, evidentemente atraídos también por los gritos de la inválida. Uno de ellos gritó algo, sacó su pistola, y...

¡Crak, crak!, crujieron fuertemente los trallazos de los disparos efectuados por Amos por encima de la cabeza de Bárbara. Los dos hombres saltaron violentamente hacia atrás, víctima de la implacable puntería del detective privado, el cual miró a la inválida, pareció a punto de decir algo, y, captando su gesto de espanto volvió la cabeza. Vio

aparecer al sujeto vestido de cocinero por el mismo extremo del pasillo por el que había llegado él, vio el enorme cuchillo ensangrentado que el hombre empuñaba, y, sin más, disparó de nuevo.

El hombre, que se disponía a gritar, iniciando al mismo tiempo el ataque, se tragó la bala y se desplomó hacia atrás, salpicando sangre a los rostros de los otros tres cocineros que aparecían tras él. Ahora comenzaban a oírse gritos por todas partes, y Amos Wind comprendió que estaban acorra lados...

—¡Ahí dentro sólo está Cookmaster! —acertó por fin a gritar Bárbara.

Impulsó el cochecito de nuevo hacia el interior del despacho despensa, y Amos, tras disparar un par de veces más, la siguió. Cerró inmediatamente la sólida puerta tras él, la aseguró..., y se volvió al oír la advertencia de Bárbara.

Vio a Cookmaster, que por fin se había colocado de rodillas, y que caminaba así hacia la librería. Lo vio llegar, meter la mano dentro de un cajón, sacar una pistola...

¡Crak!, disparó una vez

Amos Wind.

La bala se hundió con blando chasquido en el enorme vientre del Maestro de Cocineros, que lanzó un bramido, soltó la pistola, y se llevó las manos al lugar perforado. Amos saltó hacia él, lo empujó derribándolo de nuevo, y se apresuró a apoderarse de la pistola, con lo que ya disponía de cuatro. En la puerta se oían en aquel momento fuertes golpes. Cookmaster gemía, lloraba, sollozaba, plañía, gimoteaba mirándose las manos manchadas de la sangre que brotaba a borbotones de su herida. Bárbara estaba pura y simplemente aterrada.

—¡Cookmaster! —llegó amortiguada una voz a través de la puerta—. ¡Algo está ocurriendo, no hay modo de abrir ninguna compuerta de salida! ¡El primero debe haber estropeado algo! ¡Cookmaster, vea si puede abrirnos para que lo ayudemos...!

—Parecen ratas en una cloaca inundada —farfulló Amos.

—Salgamos de aquí —gimoteó Cookmaster—... ¡Sáquenme de aquí, y los haré ricos, nos asociaremos, les daré millones de dólares...!

—Cierre la boca. Si espera que abra esa puerta está loco...

—¡Amos, él ha bloqueado todas las salidas, puede hacer lo, me lo dijo! —exclamó Bárbara—. ¡Y sabe cómo salir de aquí! —¿Sí? —se acercó Amos a Cookmaster amenazadoramente—. ¿Cómo?

—¡Tengo una salida especial! ¡Les diré dónde está si me juran que me ayudarán a salir de aquí con ustedes?

—¿Y para qué quiere salir? ¿No está mejor aquí, en su... reino

de cocinas?

—¡He inundado los sótanos! —aulló Cookmaster—, Lo tenía todo previsto así por si la Policía invadía alguna vez este lugar: toda el agua de la piscina se está precipitando a los sótanos, y al mismo tiempo la toma de agua de la piscina está funcionando, añadiendo más y más agua... ¡En cinco minutos todo esto estará lleno de agua, y moriremos como ratas si no salimos!

—Está bien —asintió Amos—, veamos esa salida especial, Cookmaster.

—¡Júrenme antes que me ayudarán a salir, a subir...!

—A subir... ¿adónde? Me gustaría mucho saber adónde vamos a ir a parar, pues no quisiera caer en una de sus trampas, cerdo.

—¡No es ninguna trampa, es una salida de emergencia que me prepararé para un

caso de apuro! Saldremos a las cocinas del balneario... ¡Es verdad, estamos en el balneario, usted comprendió que lo del viaje en coche sólo fueron unas cuantas vueltas para desorientarlos por si luego me convenía mantenerlos con vida..,!

—Tranquilícese y explíqueme eso bien.

—¡No hay tiempo...!

—Sí hay tiempo, si disponemos de cinco minutos. Y quiero saber las cosas muy bien antes de aceptar ningún trato con usted.

—Estamos debajo de las cocinas del balneario...

—Maldita sea, Cookmaster, ¡eso ya lo sé! Ustedes sabían que yo había llamado al balneario preguntando por Fosters, de modo que es lógico comprender que tienen a alguien que los informa, lo que indica un especial interés por el balneario. Interés que se explica si reflexionamos que no hay nada mejor para ocultar una cocina que otra cocina. Así pues, las cocinas normales del balneario camuflan las actividades y olores de las cocinas donde se está preparando el Recetario, en los sótanos del Sunset Balneary, en el cual nos metieron a Bárbara y a mí por la parte de atrás para bajarnos con el montacargas. Todo está muy bien montado, y es por eso que me permito dudar que sea un engendro como usted quien se ocupe de todo. ¿Quién lo dirige a usted?

—¡A mí no me dirige nadie, yo soy el amo, soy...!

—Hay tres hombres importantes de su organización en el balneario, Amos —dijo Bárbara—: están con unas chicas en las habitaciones doce y catorce.

—Eso ya es otra cosa. Y teniendo a personajes más importantes... ¿de qué nos sirve un vulgar cocinero?

—¡No podrán salir de aquí sin mí! —chilló despavorido Cookmaster—, ¡No conocen la salida, nunca podrán salir...! ¡Solamente los que yo guíe podrán salir de estos sótanos!

—De acuerdo, guíenos.

—¡Júreme que me sacará de aquí!

Un gesto perversamente divertido pasó por el anguloso rostro del detective Wind.

—Lo juro solemnemente, Cookmaster —dijo.

Este chilló de nuevo, ahora de alegría, y tendió sus manos hacia Wind, que frunció el ceño, se acercó al gordo inventor del Recetario, y lo puso en pie de un tirón, agarrándolo por las axilas.

—Tengo... tengo que recoger mi libreta —jadeó Cookmaster—... Tengo anotados los nombres de mis patrocinadores, y sus proyectos para exterminar cinco mil millones de personas... ¡Esa libreta es mi seguro de vida y de riqueza, podré exigirles seguridad y dinero a cambio de ella!

—Me parece magnífico. ¿Dónde está?

Cookmaster se dirigió, tambaleándose, hacia la librería, de la que retiró un libro, dentro del cual había una libreta con tapas de hule en cuya portada se leía *Recetas Especiales de Cookmaster.* Se la guardó en un bolsillo de su blanco uniforme manchado de rojo, y dando tropezones se desplazó hacia la izquierda, para detenerse delante de otro cuerpo de la librería. Apretó un resorte disimulado, y la puerta se abrió, desplazando librería y libros y dejando ver un tramo de escalones ascendentes.

Se volvió a mirar a Amos Wind.

—Ayúdame... ¡Salgamos pronto de aquí! Los demás ya deben estar ahogados en todas partes. Sólo en este lugar no ha entrado el agua todavía, pero la puerta terminará por ceder, y el agua nos alcanzará...

—Seguramente será así, Cookmaster —dijo Amos Wind—... Pero tengo un problema.

—¿Cuál?

—Debo elegir entre sacar de aquí a la señora Copperland o a usted. ¿A cuál de los dos le parece que debo elegir?

Cookmaster palideció intensamente; su rostro ya no podía estar más blanco y demudado.

—¡A mí! —chilló—. ¿Qué es ella? ¡Es sólo una mujer asquerosa, una maldita inválida que nunca podrá servirle de nada, hay millones de mujeres mejores que ella en el mundo, y si me ayuda a mí podrá tenerlas todas...! ¡Más jóvenes, más hermosas, y no estarán paralíticas!

En la puerta del despacho despensa se oyó un crujido breve. Amos miró hacia allí, y vio cómo el agua comenzaba a entrar a presión por los bordes y por la parte de abajo. Volvió a mirar a Cookmaster, que lo contemplaba ansiosamente. Miró a Bárbara, que también lo miraba, en silencio sobrecogido. De nuevo miró al Maestro de Cocineros.

—¿Sabe, Cookmaster? —murmuró—: el amor es la cosa más tonta que existe en el mundo. Siempre he tenido éxito con las mujeres, he podido tener las chicas más bonitas y simpáticas, pero nunca me había enamorado... hasta ahora.
No me pregunte por qué, pues ni yo mismo lo sé. Lo que si sé es que amo a una mujer... desde el primero momento que vi sus ojos. Adivine cuál es esa mujer, Cookmaster.

—No —jadeó el cocinero—... No, no, no... ¡NOOO! ¡No puede dejarme aquí por ella, la voy a matar...!

Se abalanzó contra Bárbara, con tal fuerza y rabia que derribó la silla de ruedas violentamente. La inválida salió des pedida, gritando asustada, y Cookmaster, que había caído también al suelo, la miró con odio y comenzó a arrastrarse hacia ella.

—Te... te voy... a estrangular, mala zorra...

La puerta volvió a crujir. Amos Wind se acercó a Cookmaster, que intentaba agarrar a Bárbara, y le aplicó un ferocísimo punterazo al estómago, que sonó como sobre un gigantesco balón excesivamente hinchado. Cookmaster lanzó un berrido y rodó aullando y salpicando sangre de la herida. Amos Wind se inclinó, agarró en sus brazos a Bárbara, y se dirigió hacia la salida del despacho-despensa.

Había ascendido apenas media docena de peldaños cuando la

puerta volvió a crujir. Se oyó algo parecido a un trueno, y el alarido de Cookmaster tembloroso y abyecto... En seguida, el gran estampido del agua inundando con su terrible fuerza el lugar. Bajo los pies de Amos el agua rugió, y algunos salpicaduras los alcanzaron a ambos. El detective se apresuró a seguir ascendiendo, guiados por la diminuta luz roja que había en lo alto, y que seguramente pronto se apagaría, cuando se produjera la avería total en los circuitos de los sótanos y posiblemente de todo el Sunset Balneary.

Llegaron a lo alto del tramo de escalones, encontrándose ante una puerta que les cortó el paso. Amos Wins no se anduvo con remilgos: siempre con Bárbara en brazos,

disparó contra la cerradura de la puerta, que saltó completamente al tercer disparo. Terminó de arrancarla empujando con la espalda, se volvió, y se encontró en una enorme despensa. Segundos más tarde ambos aparecían en la gran cocina nor mal del balneario, causando el consiguiente pasmo en el personal de ésta, que se quedaron mirándolos incapaces de reaccionar.

Amos Wind cruzó la cocina, recorrieron el pasillo, y finalmente aparecieron en el vestíbulo del balneario, donde un grupo de personas conversaba apaciblemente. Desde el comedor llegaba ya el rumor de las primeras personas que se acomodaban para la cena. El ambiente era tranquilo, decimonónico, cautivador... y escalofriantemente extraño. Amos Wind sintió en sus brazos, en todo su cuerpo, el escalofrío que estremeció el cuerpo de Bárbara Rosemore, y no pudo evitar estremecerse a su vez, al captar las extrañas miradas de los ahora inquietantes clientes del Sunset Balneary. Todas las miradas estaban fijas en ellos, relucientes, como alucinadas, expresando algo... insano, algo satánico.

—Dios bendito —gimió Bárbara.

Fue en aquel momento cuando Amos se dio cuenta de que ella se había apoderado de la libreta de recetas de Cookmaster, que sujetaba contra su pecho con la mano derecha. Y fue en aquel momento cuando comprendió, sintiendo un relámpago de terror penetrar en su cuerpo, lo mismo que acababa de comprender un instante antes Bárbara Rosemore: los clientes del Sunset Balneary estaban allí atraídos por las... especialidades culinarias de éste, sugeridas por el gran Maestro de Cocineros.

—La madre que los parió —jadeó.

Se lanzó escaleras arriba a toda prisa. Abajo se había hecho un gran silencio. Ni siquiera desde el comedor llegaban voces ahora. Al llegar al primer piso Amos se volvió, y vio todas las miradas alzadas hacia él. En alguna parte sonó de pronto una risa.

—Señor Wind —sonó la voz—, baje, no se haga rogar: nunca hemos probado un menú con carne de detective e inválida. Baje, por favor.

Se oyeron más risas. Los rostros que Amos y Bárbara estaban viendo eran ahora espeluznantes. Incluso los de unas ancianas que aquella tarde les habían parecido encantadoramente maternales y tiernas. Parecía que hubiera fuego en los ojos de aquellas personas que habían acudido allí como de gustadores del Recetario de Cookmaster.

Bárbara emitió un sollozo, y escondió el rostro en el pecho del detective, que estaba lívido. Dio de pronto la vuelta, caminó rápidamente por el pasillo, y al ver el número doce en una de las puertas no tuvo la menor vacilación: arrancó la puerta de un

tremendo puntapié, entró, y en dos zancadas se plantó en el dormitorio de aquella suite. En el lecho, los dos hombres que retozaban con dos preciosas muchachas, lanzaron un grito de rabia, y se encararon con Amos, mirándolo furiosamente.

—¿Qué demonios se ha creí...?

¡Crak, crak!, disparó Amos Wind, siempre con Bárbara en sus brazos.

Fue tremendo. La primera bala acertó al hombre de la derecha justo en el centro de la frente y un par de centímetros por encima de las cejas. Como consecuencia, simplemente, el plomo le levantó la tapa de los sesos, que salpicaron a todos lados, y

el hombre pareció derribado en la cama por la coz de una mula. El otro gritó, se puso en pie de un salto sobre la cama..., y la bala que Amos le había disparado también a la cabeza le acertó de lleno en los genitales. El bramido del hombre fue espantoso, y, por fortuna, brevísimo, pues murió cuando apenas había chocado de espaldas contra la pared que había en la cabecera de la cama, rebotó, y quedó tendido de bruces sobre el lecho, en el que en seguida formó una gran mancha de sangre empapándolo todo.

Las chicas, simplemente, estaban aterrorizadas, manchadas de sangre y de masa encefálica. Parecían estatuas de yeso, en cuyos rostros se hubiera querido plasmar la más genuina mueca del miedo.

—Fuera de aquí —graznó Amos.

Tuvo que gritar a continuación, como quien pretende asustar una bandada de pájaros, para que las chicas reaccionasen. Y su reacción fue saltar de la cama y salir disparadas del dormitorio. Amos depositó a Bárbara en una butaquita, se acercó a la ventana, y vio la piscina, vacía. Movió la cabeza, y se volvió hacia la muchacha.

—Sé que esto es espantoso para ti —murmuró—, pero las cosas están de este modo, y hay que aceptarlas. No sé qué podremos hacer, ni qué...

Desvió la mirada vivamente hacia la puerta, en la que acababa de aparecer briosamente un hombre desnudo empuñando una pistola. Su mirada desorbitada y colérica se posó sobre Amos, en sus labios apareció una mueca de odio.

¡Crak!, disparó Amos Wind.

El ojo derecho del hombre reventó, y el tremendo impacto lo tiró fuera del dormitorio como si fuera un muñeco. Amos fue a la puerta y la cerró.

Pero lo pensó mejor, la abrió, cruzó la suite, y salió al pasillo. Cuando se asomó a la escalinata vio abajo a las cinco chicas desnudas rodeadas de los especialísimos clientes del Sunset Balneary, que escuchaban sus histéricas explicaciones... Alguien miró hacia arriba, dijo algo, y todas las cabezas se volvieron hacia Amos, todas las miradas convergieron satánicamente en el detective.

Este lanzó una exclamación, y regresó a toda prisa a la suite donde había dejado a Bárbara, que lo miró con los ojos muy abiertos. Amos no perdió tiempo en explicaciones ni en frases tranquilizadoras. Se dedicó a retirar las dos sábanas del lecho, las anudó, y luego se acercó a Bárbara, bajo cuyas axilas pasó un extremo de la larga soga manchada de sangre así conseguida, anudándola mientras explicaba:

—No podemos quedarnos aquí... Van a subir a por nosotros, y son capaces de devorarnos en crudo... ¡Tenemos que jugárnosla, Bárbara!

—Yo haré lo que tú digas —alentó apenas ella—. Pero, Amos, por mí no tienes que arriesgarte a que te capturen. Déjame y...

—No seas absurda —Amos se inclinó sobre ella y la besó rápidamente en la boca—. Cuando dije que me había enamorado de ti no mentía. Voy a descolgarte por la ventana, y saltaré detrás tuyo. ¡Es nuestra única posibilidad..., si conseguimos engañarlos! Mientras crean que estamos encerrados aquí dentro podremos estar huyendo por el bosque... ¡Y quizá encontremos por allí escondido el coche de Fosters... Mientras hablaba, Amos había llevado en brazos a Bárbara hacia la ventana. La besó de nuevo en los labios, le sonrió, y comenzó a descolgarla. Tuvo que soltarla casi un metro antes de su llegada al suelo, y se mordió los labios al comprender que ella se

había dado un fuerte golpe no poco doloroso... Se descolgó sujetándose al alféizar, se soltó, y rebotó cerca de ella.

—¿Estás bien? —jadeó.

—No... no sé... ¡Amos, déjame, conmigo no podrás escapar...! ¡Te digo que me dejes!

Amos la había alzado en brazos, y corría ya a trompicones hacia el bosque. Pasaron junto a la vacía piscina, en la que caía un enorme chorro de agua... que desaparecía por el sumidero especial que encauzaba el agua hacia los sótanos donde había tenido su reino escalofriante el Maestro de Cocineros; reino que continuaba recibiendo agua, que se había inundado ya completamente; reino que se había convertido en la tumba de personas asesinadas para servir de menú, y de personas vivas cuyas mentes no sólo debían ser retorcidas, sino que no debían haber funcionado bien... Gente malvada y satánica que ahora debían estar hinchados, hinchados, hinchados...

—¡Por allí van! —sonó la voz en la puerta del balneario de estilo romántico y bucólico.

Bárbara lanzó un gemido de miedo, y Amos soltó una imprecación. Comenzaba a sentirse muy cansado, pero sabía que si se detenía los iban a descuartizar. Era una situación increíble, alucinante..., pero absolutamente cierta, y no podía hacer nada más que correr, meterse en el bosque...

Alcanzó los primeros árboles cuando detrás de él se formaba una masa de perseguidores que gritaban y reían. El sudor resbalaba a chorros por todo el cuerpo del detective, que tropezaba continuamente, pues en el interior del bosque la oscuridad era prácticamente total. Sólo de cuando en cuando, por entre las copas de algunos árboles, se divisaba como un lívido relámpago de claridad.

Muy pronto, allá dentro todo fue oscuro y tenebroso. Pareció que también silencioso, pero en seguida, por encima del jadeo de Amos Wind, se oyó el rumor del grupo de perseguí dores. Comenzaron a aparecer luces de linternas, que parecían cortar la oscuridad como auténticos cuchillos dorados. Amos Wind sabía que ya no podría seguir corriendo. Le dolían las piernas, los brazos, el cuello, los costados... Su sudor estaba empapando también las ropas de la inválida, que sollozaba exigiéndole que la dejase...

El coche apareció de pronto.

Lo vieron precisamente porque reflejó la lejana luz de una de las linternas de los perseguidores. Amos lanzó un grito de alegría, corrió hacia el vehículo, sentó a Bárbara en el asiento contiguo al del conductor, y fue a ocupar éste. Cuando se sentó ante el

volante parecía talmente que acababa de salir de una ducha. En el espejo retrovisor se reflejó una luz de linterna, y creó, por un instante, una breve iluminación dentro del vehículo... Amos Wind lanzó una maldición cuando se cercioró de que las llaves no estaba en el contacto. Arrancó los hilos, efectuó la conexión, y el motor rugió fuertemente cuando apretó el pedal del gas.

Maniobró, sacó el coche a un lugar más despejado de árboles..., y una docena de luces cayeron sobre él, procedentes de todo su alrededor. Por un instante Amos cerró los ojos, al comprender que estaban completamente rodeados. Las luces comenzaron a moverse, lanzaban reflejos a todos lados y se reflejaban en todas partes. Amos veía

sombras, siluetas que corrían... Le pareció oír risas, y un frío horrendo pare ció penetrar en sus huesos.

—Agárrate bien —dijo con voz ronca.

Simplemente, enfiló el coche hacia un punto del círculo luminoso y arrancó dando todo el gas. En seguida oyó los gritos, los impactos, vio luces que salían hacia lo alto, le pareció oír el crujido de huesos... Pasó rozando varios árboles... alcanzó la oscuridad, luego una leve luz ... y de pronto se encontró fuera del bosque.

Bárbara rompió a llorar.

ESTE ES EL FINAL

—La señora me está esperando, James.
—Lo sé, señor —asintió el mayordomo—... ¿Desea que le sirva algo de beber, señor?
—Si no recuerdo mal —le miró con ceñuda sonrisa Amos—, hay en esta casa un whisky que yo calificaría de excelente.
—Por supuesto, señor. Permítame acompañarlo. ¿Puedo decirle, señor Wind, que usted es una persona muy grata en esta casa?
—Puede decirlo —asintió el detective—. Tengo la impresión de que el hecho de que la señora haya quedado viuda no le quita a usted el sueño.
—Ciertamente que no, señor. Nunca me gustaron los granujas... Y ya comprobó usted mismo que cuando catalogo a alguien no suelo fallar.
—Eso parece. ¿Cómo me ha catalogado a mí?
—¿Puedo decirlo con sinceridad?
—Debe decirlo con sinceridad.
—Bueno, digamos que un hombre que ha conseguido que la señorita haya decidido seguir intentando la recuperación cuenta con todo mi afecto. Eso aparte, señor, usted me cayó bien en cuanto le vi, porque no es de esos guapos que se dedican a sacar partido de ello. No sé si me explico.
—Yo diría que sí.
Amos Wind entró en el saloncito de Bárbara Rosemore, la cual, tras la llamada telefónica de él pidiéndole la entrevista, lo estaba esperando. Estaba bellísima, más encantadora que nunca, relucientes los ojos, sugestivo el magnífico escote, al que Amos dirigió una maliciosa y simpática mirada, para mirar en seguida los espléndidos ojos azules.
—Me alegra volver a verla, señora Copperland —saludó.
—Creí que nunca más lo volvería a ver, señor Wind —susurr6 ella.
—¿Y eso por qué?
—Bueno... Ha pasado más de una semana desde que salimos de aquel bosque, y desde que me dejó en manos de la Policía de Scranton no he sabido nada de usted...
—He estado colaborando con la Policía y con el F.B.I. Gracias a la libreta que usted sacó de allí han hecho una redada impresionante de locos y malvados. ¿Cómo se encuentra?

—Bien... Muy Bien. Yo... me voy a Nueva York dentro de tres semanas, señor Wind.
—Ya. ¿De vacaciones?
—No. He decidido... someterme a una nueva operación que me aseguran dará un resultado definitivamente satisfactorio. Al parecer, mi... estado psicológico influye mucho en las posibilidades de un buen resultado.
—De donde se desprende que su estado psicológico es bueno.
—Oh, sí... Sí, lo es.
—Lo celebro.
La puerta se abrió, entró James empujando el carrito-bar, sirvió a Amos su whisky, y, silenciosamente, se retiró, dejandolos de nuevo solos. El detective bebió un sorbo, movió la cabeza, y dijo:

—Caramba, sólo por el whisky ya vale la pena venir a esta casa.

—Celebro que haya aquí algo que... que sea de su agrado. Amos Wind se quedó mirando fijamente a Bárbara Rosemore.

—Escucha, nena —dijo tajantemente—, a mí lo que no me gusta son las mentiras ni las comedias. De modo que te lo voy a decir bien claro: estoy aquí porque me he propuesto cenar contigo, acostarme contigo, y matarte de placer o morir en el empeño. Me importa un pito que estés inválida, aunque la verdad es que preferiría poder ir a bailar contigo. Si te quieres casar conmigo, bien; si no quieres casarte conmigo, bien; si te quedas como estás ahora, bien; si la operación tiene éxito, mejor. Pero no me vengas con cuentos: ¿me quedo aquí contigo todas las noches hasta que te vayas a Nueva York, sí o no?

—Sí, Amos... por favor —suspiró Bárbara, relucientes los ojos.

—De acuerdo. Estoy seguro de que hay en esta casa algo bastante mejor que este whisky..., y no voy a ser tan tonto de perdérmelo. ¿Tú qué opinas?

Bárbara tomó una mano de él, grande, fuerte, nervuda, y la apoyó en su mejilla.

El detective se inclinó sobre ella, le tomó la barbilla con la otra mano, y la besó lenta y dulcemente en los labios.

—Todo irá bien mi amor —susurró.

—Sí... Contigo sí —susurró también ella.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España